



Una mujer de Sigüenza viene a Madrid a matar a un médico. He aquí a sus hijitos, que inútilmente la esperan en el pueblo

(Interesante información en las páginas 14 y 15.)

(Foto Manzano.)

SEMARIO
 DE
REPORTAJE
 DIRECTOR
MÁXIMO RAMO
 REDACTOR JEFE
EDUARDO DE ONTAÑÓN
 REDACCION
 Y
 ADMINISTRACION
 JACOMETREZO 1 y 3
 TELEFONO 27629
MADRID

Drama pasional

LA SANGRE POR LAS CALLES

DE Berja vino la noticia. Fué un músico de la feria quien la llevó a Ugijar. Venía reclamando un automóvil, que con urgencia se trasladara a Darrical para transportar unos heridos graves al Hospital de Almería.

Era día de mercado en el pueblo de la Alpujarra. Allí, en las estribaciones de Sierra Nevada, el vecindario mercaba baratijas y hacía transacciones de ganado. Como reguero de pólvora se expandió la mala nueva por la plaza. Pronto fué rodeado por las mujeres, las primeras en inquirir detalles del hecho criminal. Los protagonistas eran sobradamente conocidos en Ugijar, y de tal magnitud la tragedia, que no podía pasar sin calofrío de emoción en toda la comarca alpujarreña.

—Un automóvil lo más rápido posible!—gritó el músico—. En Darrical hay tres hombres moribundos y una mujer agonizando. ¡La sangre corre por las calles del pueblo! ¡Ha sido ahora mismo, no hará media hora!...

No pudo accederse a la angustiosa demanda. En todo Ugijar había el medio veloz que solicitaba el músico de Berja.

—¿Pero quiénes son las víctimas?

—Ha sido "el" Rogelio Sánchez, que ha "degollao" a "la" Emilia y ha "matao" a su tío de un puñalón que le ha "dejao" seco.

Ni que decir tiene que aquellas palabras fueron en el acto lanzadas a los cuatro vientos del comentario. Por todas partes era la única conversación. La Emilia había dado mucho que hablar y no poco que decir en sus tiempos de mocerío. Rogelio también era pasto de la murmuración pueblerina, por su carácter bravucón y fiero.

—¿Pero se va a dejar que mueran esos hombres?

—Pues ahora es imposible asistirlos desde aquí. No hay quien pueda ir hasta el pueblo. Que avisen a Berja para que los auxilien.

Así fué, en efecto. A las tres horas, por la parte de Almería, llegaba un automóvil, y en él trasladaban al hospital a la mujer que aún vivía y a dos hombres heridos. De la tragedia quedaron en Darrical dos muertos: Bernardo Sánchez, un pobre viejo, tío de Rogelio, y éste, ahorcado de una viga de su casa.

CONCHA, LA DE LA FONDA

En la mesa redonda de la posada, que con ribetes de fonda existe en Ugijar, alternaban en fraterna camaradería un capataz de Obras Públicas, un feriante, un viajante de perfumería y dos redactores de LA LINTERNA.

Concha, la de la fonda, mujer entrada en años, habladora y sagaz, servía una sabrosa sopa de pescado. El tema de la conversación era el de la tragedia del pueblo vecino. La fondista no perdonaba ni el estado moribundo de la herida. Implacable, energética, tenía para su conducta las más acres palabras. Concha hablaba y hablaba, sin temor a nada ni a nadie. Hubo quien se lo hizo ver.

—Y a mí qué! La lengua se ha hecho "pa" hablar, y como lo que digo no es ninguna mentira...

Y mientras la sopa desaparecía de los platos, Concha seguía su interminable rosario de condenaciones.

—Fué la ruina de una casa. Por ella tuvo que huir a América la mujer del tío Catena. Se metió entre los dos, y hasta que se llevó al marido no se dió por vencida.



—¿Pero es tan guapa?—preguntó el capataz.

—De lo que le hablo a ustedes hace ya una "porra" de años. Entonces era una morena de pelo "ondulao" y ojos garzos que valían un "potosí". Al tío Catena le volvió loco. Se "ajuntó" con él y, como había dinero, le sacó bien los cuartos. Al hombre le entró la "chالaura" de tal modo, que no hacía más que la voluntad de la morena. Su pobre mujer, "desesperaíta" y "abandoná", huyó a Buenos Aires, donde tenía familia. No le faltaron pretendientes, pero como era oro de ley, no hizo caso a "naide". ¡"Pa" que vean "ustés" lo que son las mujeres! "Despechá" y "despresia" por su "mario", y con el mar de por medio, tuvo, sin embargo, la "desensia" de respetarle.

—¿Y mientras?—inquirió el viajante.

Concha, la de la fonda, guiñó un ojo maliciosa mente, y respondió a la pregunta:

—Mientras, el tío Catena y "la" Emilia se aprovechaban con toda tranquilidad de las distancias. Si no recuerdo mal, dos hijas tuvieron. Ya deben ser dos mozas...

—¡Bueno, señora Concha, que ya está bien! Menuda tijera tiene usted para cortar sayos—le dijeron.

Pero todavía pudo agregar más.

—El tío Catena murió, y como estaba "sorbío" por la "quería", la dejó heredera de sus cuartos. ¡Ahora ha "pagao" junto "to" lo de antes!

LA TRAGEDIA DE DARRICAL

Por una carretera que produce espanto, en plena Sierra Nevada y en el corazón mismo de la Alpujarra, fuimos hasta Darrical, dentro ya de la provincia de Almería. Pueblo extraordinariamente pintoresco el que sirvió de trágico escenario al crimen reciente. Calles tortuosas y empinadas. Casas con tejadillos de pizarra, por donde se comunican los vecinos. Piedras y piedras por todos los sitios, que hacen casi intransitable el paso. Ante la casa del ahorcado hay un hervidero humano. Desde la calle, y a través de una reja, se ve como un espantoso pelele el cuerpo colgado del hombretón. Todo son voces en la calle del Rosario. Hasta allí llegan los lamentos de una familia que llora la desgracia. Es la mujer, la hija, el yerno del tío Bernardo Sánchez, que imploran al cielo la gloria que le faltó en la tierra al pobre viejo. En otra callejuela, en una casa miserable, una vieja también llora su dolor, rodeada de vecinos que intentan en vano consolarla. Es la madre del ahorcado. La infeliz mujeruca trata de buscar una razón. Todo su cariño maternal se estrella ante el brutal hecho inconcebible y monstruoso.

—Este hijo mío nos ha "perdió" a "tos". ¡Qué locura, qué

La mujer y la hija del muerto lloran, aterradas ante la tragedia.



El viejo Bernardo murió a manos del asesino enfurecido.

Arriba: Por esa reja, los chiquillos del pueblo presenciaron, asustados, cómo Rogelio se colgaba de una viga.



en Sierra Nevada

desgracia! Hijo, ¿qué mano "endemoniá" te dió en mala hora esa navaja?...

MALA VIDA Y PEORES TRATOS

En Francia se conocieron. Rogelio había ido allí en busca de trabajo, y durante una larga temporada permaneció en aquel territorio. Emilia acompañó a su familia a uno de los departamentos franceses donde se trasladaron para emplearse en una fábrica de papel. Todos eran parientes: Bernardo Sánchez, tío de Rogelio; sus hijos, Andrés y Antonio, primos de éste. Emilia, también prima segunda del que después fué su amante.

No tardaron mucho tiempo en entablar relaciones amorosas. Y juntos los dos, regresaron a Darrical, donde en seguida se supo que hacían vida marital. Sin embargo, Rogelio no habitaba bajo el mismo techo que su amante. En la calle del Rosario vivía él, y en la de San Francisco, ella. Pero las dos casas tenían una directa comunicación por una puerta preparada para ello. Dos domicilios diferentes, aunque, en realidad, eran una misma casa. Pero el buen parecer quedaba a salvo. Un parecer ingenuo, porque el pueblo entero conocía las relaciones.

Mal carácter tenía él. Un hombretón de gran fortaleza, vigoroso y de atlética complexión. A ella, los años transcurridos la habían hecho huella. Ahora, en la actualidad, no era la morena de ojos garzos de que nos hablara Concha, la de la fonda. Cara de sufrimiento tenía Emilia Sánchez. Y no era para menos. Su amante le daba la peor vida posible. Hombre sensual y celoso, la martirizaba constantemente con sus dudas y sus vehemencias.

—No puedo más, Rogelio—habló muchas veces Emilia—. Nuestras relaciones tienen que terminarse, porque yo no aguanto que me maltrates de esa forma.

No ha faltado en el pueblo quien nos haya puesto en conocimiento del por qué de esa pasión que demostraba tan reiteradamente Rogelio.

—Naturá, señó. Ella tiene unos cuartejos de aquel "casao" con quien vivió mucho tiempo. ¡No era cosa de que se le fueran al hombre!...

Tres días antes de ocurrir la tragedia hubo una violenta escena que seguramente fué el prólogo de lo que después ocurrió en la mañana sangrienta.

"YO ME SEPARO DE ESTE HOMBRE"

Aquello desbordó lo que tantas veces tenía ya meditado Emilia Sánchez: la separación. Aprovechando que su familia había llegado de Francia para descansar en su pueblo natal de las fatigas de una larga jornada de trabajo, a la casa de la plaza del pueblo donde habitaba fué con la queja. Contó allí cuanto había sucedido.

—Ese hombre no te conviene de ningún modo. Allá tú, pero nuestro consejo es que te separes de él, porque un día te va a matar. Además, es nuestro deber ampararte.

—Me da miedo. A veces se le ponen ojos de fiero. Me pega, me da mala vida. ¡Sino más negro el mío!

—Pues aquí tienes casa, y la puerta está abierta "pa" que hagas lo que quieras—le dijeron sus primos.

—Aquí me quedo; ya veremos en qué termina "to", porque yo me separo de ese hombre.



En este lugar, frente a la casa del párroco, cayó muerto el tío de la amante.

Darrical, el pueblo en que se desarrolló la tragedia, con sus tejados de pizarra, por donde se comunican los vecinos. √

Cuando Rogelio llegó a su casa de la calle del Rosario y llamó a su amante, nadie respondió a sus voces. La mujer había huido de su ferocidad.

UNA NOCHE DE PESADILLA

Fuó imposible que aquel hombre sensual y caprichoso pudiera conciliar un solo minuto el sueño. Por un lado, la humillación del desprecio; por otro, la falta material de la mujer. Por encima de todo, su orgullo de jaque pisoteado. No podía perdonarlo. Para su torpeza cerebral, no era ella sola, "la" Emilia, la única responsable. Generalizaba su odio y su afán vengativo hacia todos los familiares que la habían protegido en el hogar.

—Tengo que matar, me ahogo en esta soledad. Así llegó la mañana. Se tiró del camastro y fué al granero, donde tenía, sobre unos aperos de labranza, una navaja de ancha hoja y afiladísimo corte. La cogió, la apretó entre sus manazas y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Después, ya más tranquilo, se dirigió al corral y se apoderó de un conejillo. Esta fué la primera víctima. Con el arma asesina degolló al animalcillo. Sin duda, para probar la faja.

"¡NO VOY A DEJAR UNO VIVO!"

Serían las siete, poco más o menos. Por la calle del Rosario bajó con ojos centelleantes.

—¿Dónde vas con esa cara de pocos amigos?—le preguntó un vecino.

—Ahora lo sabrás... En el pueblo no se va a hablar de otra cosa.

Y dejó al que le preguntaba con la duda de aquella enigmática respuesta.

De modo rápido e inesperado, entró en casa de sus parientes.

—¡Vengo a por "tos", a no dejar uno vivo! "La" Emilia se ha ido de mi "lao", y vosotros la habéis "protegido".

No hubo ni tiempo para una contestación. Brutalmente, se lanzó sobre su amante y, empuñando la navaja, de un modo seco y fuerte, descargó en el cuello cuatro o cinco puñaladas feroces. La mujer cayó al suelo bañada en sangre. Se interpusieron sus primos, intentando desarmarle. No lo pudieron conseguir; aquel hombre era una fiera. Ciego, apuñaló también a los que pretendían luchar. Más puñaladas—ahora en los brazos de sus dos primos—asestó el criminal. De un salto incomprensible, se lanzó contra el viejo. A éste logró alcanzarle el pecho. Se tiró sobre él y le hundió la navaja por encima del corazón y la llevó hasta el cuello. Horrorizado, en las ansias de la muerte, el tío Bernardo pudo ganar la calle. Tambaleándose logró llegar hasta frente a la casa del párroco. Allí cayó sin vida.

Y EL CRIMINAL SE HIZO JUSTICIA

Cometido el hecho feroz, Rogelio Sánchez regresó a su casa. Iba con la navaja en la mano, dispuesto a matar a quien se le pusiera por delante. Merced a ello consiguió entrar en su domicilio y cerrar con llave la puerta. Dejó el arma sobre una silla. Entró en el granero. De una viga colgó una cuerda, hizo un lazo corredizo, comprobó que era infalible y con una escalera, que subió de un solo paso, pudo alcanzar la soga. Por el lazo metió la cabeza en afán de morir. Lo consiguió en el acto. Se dejó caer, y su enorme peso hizo que rápidamente la cuerda corriese. Inmediatamente se balanceaba ahorcado.

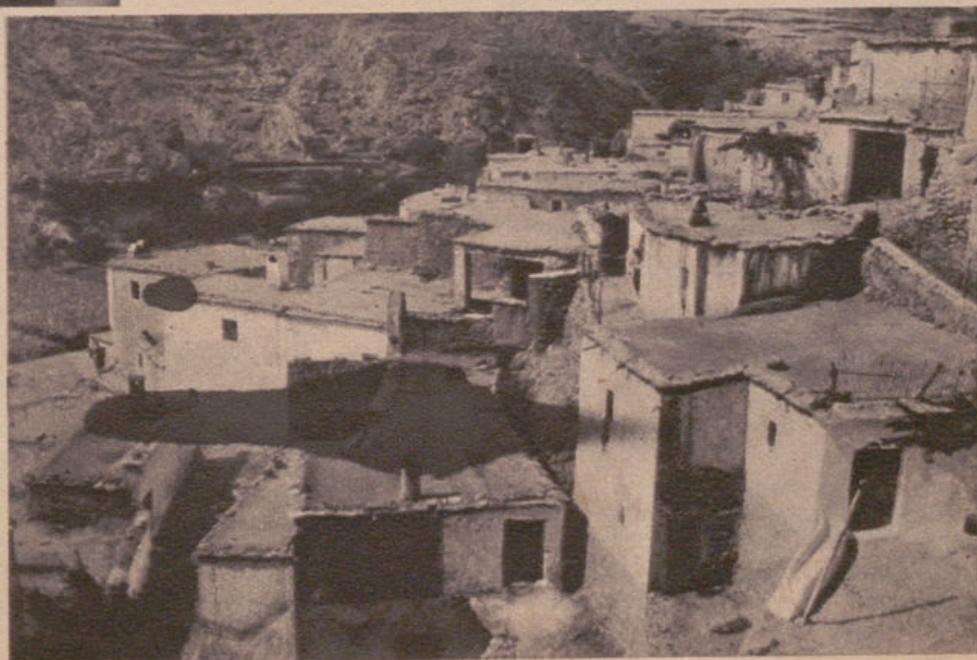
El pueblo presenció horrorizado la trágica escena. Por la reja pudieron ver hombres, mujeres y niños cómo colgaba, en forma de trágico guiñapo, el corpachón del asesino.

(Fotos Torres Díaz.)

MIGUEL LUCENA



Emilia Sánchez, apuñalada por su amante, fué trasladada al Hospital de Almería.



MATA A SU MADRE Y A SU TIA PORQUE "LE TENIAN COMO A UN ESCLAVO"

"ACABO DE MATAR A MI MADRE Y A MI TIA"

FRANCISCO Tarruella Queralt tenía fama de loco y de místico. Sin amigos, taciturno, siempre pegado a las faldas de su madre y su tía, los mozos de Benloch no recuerdan que Francisco tomara parte en las alegrías y fiestas de la juventud. Llevaba las cuentas de su casa, y no salía más que para ir al rosario, siempre en compañía de sus familiares. A lo más que llegaba en sus expansiones era a ir un ratito al café.

Por eso echaron a broma la aseveración de Francisco que, después de beberse un chato de moscatel en el Café del Centro, se acercó a la mesa donde unos muchachos jugaban al dominó, y les dijo con alegría:

—Acabo de matar a mi madre y a mi tía. ¡Ya estaba harto de que me trataran tan mal!...

—Este —comentaron— va a acabar en el manicomio, como su hermano Pepe.

—¿Les has hecho mucho daño?

—Las he estrangulado a las dos. Allí las he dejado, cubiertas con harpilleras.

—¿Caray! Para un día que gastas bromas, son de a puño...

El señor Sangenis arrendó parte de sus tierras a un tal Juan Muxer, que las subarrendó a otros colonos. Por causas que se ignoran, discutieron don Vicente y su arrendatario, llegando a romper todas las relaciones. Pero el Muxer se negaba a rescindir los contratos. Y, desesperado, pidió consejo a su criada.

—Haga usted un contrato de venta de todas sus propiedades a nombre de otro.

—¿Y quién podía ser ese otro?

—Si le parezco bien al señor...—propuso taimada.

—¿Hombre!—exclamó el señor Sangenis—. Has



Cuando Francisco acababa de estrangular a su tía, un hombre llamó a la "casa del misterio"...

En el corral dejó los cadáveres de las dos mujeres y fué a tomarse un chato.

—Siempre me estaban insultando. Ayer, martes, por la noche, tuvimos una de las broncas tan frecuentes en mi casa. Y hoy, por la mañana, mi "padrina" me saludó con estas palabras: "Eres un perdido. No pienso dejarte nada en el tes-

tamento, para que seas siempre un "mor de ganas". No pude contenerme. Salté sobre ella y, para evitar que chillara, le eché las manos al cuello, apretando hasta que se desplomó en el suelo. ¡Tardó más de un cuarto de hora en morirse!... En aquel momento llamó a la puerta un hombre de Alamús, que venía a negociar una letra (ya sabes que somos correspondientes de dos Bancos). Dejé el cadáver en el suelo, y despaché al hombre de malas maneras. A la llamada acudió mi madre, que creía no había nadie en la casa. Al llegar a la puerta encontró muerta a la "padrina". "No grites—le dije—. Más culpa tienes tú." No me hizo caso, y tuve que abalanzarme sobre ella. Caimos los dos, rodando, sobre el cuerpo de la "padrina" Rosa. Cuando me levanté, mi madre estaba también muerta.

"¡YO NO QUIERO DINERO, SINO TRANQUILIDAD!"

—¿Qué hiciste después del crimen?

—Fuí a confesar. Y el rector me mandó que me presentase a ti. Como no estabas, he ido al café, a tomar moscatel y a contárselo a los mozos. Después he estado en los Federales, tomando un "vermouth", hasta que has llegado.

—¿Es verdad—le preguntaron—que tu tía había testado a favor del ex vicario de Benloch, mosén Joseph de Bocera?

—Yo no sé nada de eso. No quería dinero, sino tranquilidad, que nunca me daba. Eso es una infamia que hace correr la gente. Fíjate: ayer fué mi "padrina" a Lérida a entregar cuatro mil quinientas pesetas al Hispano y tres mil al Comercial. Si hubiera querido dinero, las hubiese matado ayer. Pero no soy ladrón. Estoy tranquilo. Otro, en mi lugar, hubiera hecho lo mismo.

El juez no pudo poner más que un comentario a esta bárbara declaración:

—¿Llevar a la cárcel a ese asesino!

Y Francisco Torruella Queralt, después de reconstituir el hecho con toda tranquilidad, ingresó en la cárcel de Lérida, sin perder un momento su cinismo y su sangre fría.

—No tengan cuidado—dijo a los guardias que le escoltaban—. Sin la vigilancia de ustedes, iría yo solo a la cárcel. Sé lo que me espera.

F. F.

(Fotos Farrán.)



Francisco Tarruella, después de presentarse espontáneamente al juez, sale para la cárcel.

—¿Ah! ¿Pero es que no me creéis? Venid conmigo, que me voy a presentar al juez... Pero antes voy a convidaros a "vermouth" en los Federales.

Ponía tal seguridad en sus palabras, que comenzaron a dudar.

—A lo mejor ha sido capaz de hacerlo en un momento de locura.

—O para apoderarse del dinero. ¡Como la tía era tan rica, y le había desheredado!...

—Bien dice el refrán que el que a hierro mata... Por culpa de ella murió don Vicente cuando la señora Rosa le jugó aquella "trastá"...

LA "TRASTA" DE LA "SEÑA" ROSA

Fué una jugada asombrosa por el cinismo y la sangre fría la que hizo propietaria de terrenos por valor de 400.000 pesetas a Rosa Queralt.

Hace años, dicen los vecinos, había en Benloch (Lérida) un rico propietario, llamado don Vicente de Sangenis, que vivía sólo, atendido por una criada de confianza: Rosa Queralt.

tenido una idea genial. Mañana vamos a casa del notario.

Se hicieron las cosas conforme a los deseos de la criada, y el arrendatario tuvo que dejar las tierras por imposición del nuevo "amo".

Pasados dos meses, el propietario quiso deshacer el contrato simulado, después de prometer un magnífico regalo a Rosa. Y entonces se encontró con esta contestación:

—No, señor. No quiero regalos. ¡Pues menudo es el que acaba de hacerme con la cesión de todos sus bienes! Ya me esperaba yo algo así del buen corazón del señor.

—Pero...—arguyó el viejo.

—Sí, señor. Dejemos las cosas como están. Usted ¿para qué quiere el dinero?

El disgusto costó la vida al señor Sangenis, y Rosa Queralt se encontró, de la noche a la mañana, propietaria de más de ciento treinta jornales de tierra. Llevó a vivir a casa a su hermana Josefa, viuda con tres hijos: Antonio, Pepe y Francisco. Y, para evitar que los vecinos le reprocharan su proceder, cerró a piedra y lodo las puertas de la que desde entonces fué "la casa del misterio"...

Desapareció Antonio; Pepe fué recluso en un manicomio, y Francisco quedó solo con las dos mujeres, que le encargaron la dirección de los trabajos y de los negocios de Rosa, representante en Benloch de los Bancos Comercial e Hispano Americano.

EL DOBLE CRIMEN RELATADO POR SU AUTOR

En el autobús de línea de Lérida llegó el juez, don Juan Solá. El criminal se dirigió a él:

—Juan, he matado a mi tía y a mi madre. Las tengo en casa, tapadas con una harpillera. Ven a casa, que voy a entregarte el dinero. Yo no soy ladrón.

Y, acompañado por el juez, Francisco entró en la "casa del misterio".

—Aquí—dijo, al tiempo que alzaba la harpillera—tienes a la "padrina", y en ese otro bulto está mi madre. A las dos las he "matao" yo.

—¿Tienes el cinismo de confesarlo con toda tranquilidad?—preguntó el juez, afectadísimo por el macabro espectáculo.

—Sí. De lo único que me arrepiento es de no haberlo hecho antes.

—¿No sabes lo que te espera?

—Me da igual. He pasado treinta y cinco años de esclavo. No me importa pasar otros treinta y cinco en presidio.

—¿Por qué has hecho eso, hombre?—exclamó apesadumbrado.

EN UN MONTE DE LA RIOJA UN TIRO MISTERIOSO MATA A UN NIÑO

EN VIZCARAIN HA SONADO UN TIRO

Los obreros de la Electra Recajo, que trabajaban en el salto de Anguiano oyeron perfectamente el disparo. Serían aproximadamente las nueve de la mañana. La detonación, inesperada, produjo la consiguiente sorpresa en aquellos dos hombres que, al instante, dejaron su faena.

—¿Has oído, Luciano?

—Sí, ha sido un tiro. Allá arriba, en la carretera, se ve un grupo de personas.

Los obreros abandonaron el lugar, e intentaron subir hasta el sitio donde divisaban el grupo. En su marcha se encontraron con un pastor, Ecequiel, que, como ellos, también había percibido el seco ruido de la detonación.

—¿Vas tú al pueblo?—preguntaron al zagalillo.

—Al pueblo voy—contestó—, y corriendo, porque en la carretera hay un chico muerto.

Los dos hombres, ante aquella respuesta, vacilaron, y preguntaron con la natural ansiedad:

—¿Un chico muerto? ¿Y quién lo ha "matao"?

—No les puedo decir a "ustés". Está en medio de la carretera de Lerma a San Asensio, en el kilómetro 14. Tiene una pierna "doblá", y no me es desconocido el muchacho.

—Pues corre a avisar al juez y a la Guardia Civil.

El pastor llegó en seguida al pueblo. No había Guardia Civil. Existe en Anguiano un puesto, pero en aquellos instantes, por haber sido concentrada la fuerza en Nájera, no quedaba ningún número en el minúsculo pueblezuelo de la Rioja.

La noticia produjo el consiguiente estupor. De las señas que daba Ecequiel había en Anguiano muchos niños. Y como la triste nueva se esparció por los tres barrios del pueblo, al instante de conocerse, las mujeres madres de la aldea comentaban con angustia el hecho.

—¿Será el mío, que salió de casa esta mañana?

—Puede que sea el de "la" Presenta, que falta desde el amanecer.

Y la trágica interrogación se puso en claro a la hora y media de conocerse la noticia.

"TRES BARRIOS, TRES PUENTES Y TRES CLASES DE GENTE"

Así reza el decir popular. Tres barrios: el de Heras, Mediavilla y Cuevas; tres puentes: de Heras, de la Madre de Dios y del Regatillo, y tres clases de gentes: los ancianos que no salieron de sus casuchas y no conocen ni el tren, ni la electricidad, ni el automóvil; los que saben ya de estos medios actuales, y los niños, que apenas hablan, que corretean sucios entre callejas mugrientas y llenas de moscas, y que huyen de las personas que no conocen como almas que escapasen del diablo. Esto es Anguiano.

Del barrio de Heras y de su puente era la víctima de este misterioso suceso.

Pablo Muñoz y Muñoz se llamaba el niño. Doce años tenía; cuatro hermanos, que caben todos en un pañuelo; madre y padre, que viven del trabajo diario, y que no da más que para existir miserablemente. Una pobre vieja—la abuela Petra—completa la familia desgraciada con quien hablamos a la puerta de una choza que quiere ser casa, en la calle de la Manzana.

COMO TODAS LAS SEMANAS

La infeliz criatura que, en sus pocos años, conocía las necesidades de un hogar sin recursos, salió muy de mañana, como hacía todas las semanas dos veces, a llevar la comida a los jornaleros de Santos Gómez, que trabajan a veinticinco kilómetros del pueblo, en un lugar denominado Gollado el Viezo. Esta era la misión del chiquillo. A lomos de una caballería tenía que marchar por un camino de herradura, entre San Lorenzo y el valle de las Tres Aguas.

Aquella mañana del 7 no fué sólo. Dos vecinos del mismo barrio, Juan y Miguel Lombillo, eran sus acompañantes. Los dos muchachos, hijos de Nicolasa, la viuda, que defendían la heredad que al morir les

dejó su padre, iban a Collado Pocilga, a sembrar centeno.

Juntos los vieron salir a los tres de Anguiano. No faltó quien observase que uno de ellos—Juan—llevaba sobre su caballería una escopeta. ¿Para qué? ¿Dónde la había adquirido? Todavía no se ha puesto en claro extremo tan importante. Lo que sí es cierto, lo que se sabe con seguridad, es que los hijos de la Nicolasa no habían tenido jamás arma alguna. Su posesión, pues, databa de muy breves días. Y aquí empieza lo misterioso



En una casa del pueblo hemos encontrado esta fotografía de Pablo, hecha por un fotógrafo de feria.

← El presunto autor, Juan Lombillo, en el patio de la cárcel de Nájera.

y extraño de la muerte de Pablo Muñoz.

EL PULMON ATRAVESADO DE UN TIRO A QUE M ARROPA

Dos guardas forestales y el pastor Ecequiel llevaron al niño al pueblo. Tenía un tiro que entraba por el brazo derecho, causaba un enorme desgarramiento, hasta dejar el hueso al aire, y atravesaba el pulmón. La muerte debió ser instantánea, y el tiro, así lo afirma el dictamen forense, hecho a quemarropa, poniendo el cañón en contacto con el brazo.

A la llegada del cadáver se produjo en todo el pueblo una sensación de angustia indescriptible. Entre el grupo que rodeaba al muerto surgió, con un grito desgarrador, una mujer. Era Agustina Muñoz, la madre infeliz. Enloquecida, se abrazó al niño, y su llanto bañaba de lágrimas el pálido rostro del que no respiraba.

—¿Por qué, por qué?—gemía desesperada—. Si no tenemos rencor de nadie, si nadie nos quiere mal, si

← La tía Petra, abuela del niño, refiere el suceso a nuestro enviado especial.

(Fotos Muro.)

somos unos pobres trabajadores que vivimos de nuestro sudor, ¿por qué me lo han "matao"?

Junto con este inmenso dolor, el llanto entrecortado del padre. Como su mujer, tampoco podía explicarse los motivos de la muerte de su hijo. Ni nadie en el pueblo.

—Ni acuso ni demando—dijo la madre ante el juez—. De nadie sospecho; no culpo a nadie; pero a mi hijo me lo han "matao". ¡Justicia, señor, justicia!

Y NO SE TARDO EN SEÑALAR UN PRESUNTO AUTOR

Había una declaración terminante. Los obreros de la Electra vieron en la carretera, por el sitio llamado la Trinchera, el grupo de tres personas.

Cuando se recogió el cadáver no había nadie más allí. Existe también una afirmación categórica: la de que el niño muerto salió acompañado de sus amigos Juan y Miguel Lombillo, y que "el" Juan llevaba sobre su caballería una escopeta. Pruebas eran éstas para suponer quién pudieron ser los autores, voluntarios o involuntarios, del hecho. Y el juez dispuso, con estos datos que no podían pasar desapercibidos, la detención de los dos hermanos.

Trabajando estaban cuando el guarda forestal Primitivo Baños cumplimentó la orden de la autoridad.

—Nosotros—dijeron los muchachos—no sabemos nada. Le dejamos en el kilómetro 14 y continuamos hacia nuestra faena.

—¿Y la escopeta que llevabas?—le dijeron a Juan.

—Yo no llevaba ninguna escopeta. Ni en mi casa hay arma alguna, contestó rápido.

No convencieron al juez aquellas manifestaciones. Se sabía a ciencia cierta que Juan Lombillo había estado jugando con la escopeta y apuntando en broma a unas chicas del pueblo.

—¿Estate quieto, tú, no seas bruto!—dijeron éstas.

—¿Descuidar y no tengáis miedo, que no os pasa "na"!

Este dialoguillo era suficiente para asegurar que el muchacho era dueño de aquella arma.

Y, a pesar de sus protestas de inocencia, Juan fué encarcelado en la lúgubre prisión de Nájera, donde tuvimos ocasión de hablar con él unos momentos.

EN EL PATIO DE LA MAZMORRA

Esto es el depósito carcelario de Nájera. Una auténtica mazmorra. Inhumano recinto, que amena ruina, donde corren los bichos; sin luz y sin condición alguna para albergar personas en ella.

En un patio lleno de andamiaje, rodeado de conejillos y montones de estiércol y tierra, conversamos con el acusado.

—No entiendo—nos dice con los ojos bajos y voz queda—por qué se me acusa. Yo no tenía ningún resentimiento con el niño muerto. Si alguna cosa mala me hubiera hecho, comprenderán "ustés" que con un azote estaba todo "liquidado".

—El pueblo te señala porque dicen que tenías una escopeta, que llevabas precisamente cuando ibas con Pablo.

Vacila Juan Lombillo ante estas palabras. Queda en silencio, parece que medita la respuesta. Al cabo responde:

—Eso dicen; pero yo le aseguro a usted que jamás he tenido arma alguna.

—Entonces, todo eso que cuentan, ¿es mentira?

—Saque usted las consecuencias—nos contesta casi imperceptiblemente.

LA MUERTE, EN EL MISTERIO

No se ha puesto en claro quién mató al niño del barrio de Heras. En la mazmorra presidial de Nájera dejamos al acusado debatiéndose contra la inflexibilidad de la Justicia, que tiene pruebas para acusar. El niega toda participación en el hecho. El misterio del suceso continúa emocionando la natural ansiedad de todo un pueblo. Y ante el extraño hecho quedan, como afirmaciones categóricas, tres cosas desgraciadas e indudables: la muerte del niño, producida por un tiro; que Juan Lombillo acompañaba a la víctima cuando se produjo el suceso, y que este muchacho tenía una escopeta.

Y, sobre estas tres conclusiones, una pregunta final: ¿dónde está el arma que disparó?

M. L.

SIGUEN LOS FANTASMAS POR ANDALUCIA

Las mocitas del Rincón de la Victoria se asoman con miedo a las ventanas.

Sobre este pintoresco pueblecito malagueño pesa la sombra espectral del fantasma.

El alguacil, que es el más castigado por el duende, pasa las noches en vela.

(Fotos Molina.)



tiros. ¡"Na"! Ni un mal "herio". Unicamente esa penca de chumbera que ve "usté" ahí, está "atravesá" por el proyectil.

A qui se ha "reunio to" el pueblo. Detrás de "ca" higuera había un hombre "armao" con su escopeta. Detrás de los chumbos, "escondios" en los olivos, tres noches han "pasao" conmigo. No se ha visto a "naide" ni a ninguno. Pero las piedras han "caio" lo mismo. Algunas sin fuerza, por su propio peso, como "llovidas del cielo"...

"HASTA LA CUNA DE MI NIETA LLEGO EL FANTASMA"

Ahora es Remedios Martín, mujer de Adolfo, la que completa el palique de su marido.

—"Traspasaítas" estamos "toas", señor; muriéndonos de terror y de espanto. ¿Pero qué habremos hecho nosotras para este castigo?—gime angustiada la infeliz—. ¡Lo de anoche fué algo tremendo!

Y se persigna para poder proseguir su charla.

—Habíamos cerrado la casa con todo lo que teníamos a mano. Habíamos "atrancao" la puerta, colocado sillas detrás. ¡No era "pa" menos! ¡Figúrese usted, toda la tarde cayendo piedras misteriosas!

—A dormir "to" el mundo—dijo mi "mario".

Serian las doce, cuando un ruido especial, como de ultratumba, oímos. Yo me desperté.

—¿Has "escuchao", Amalia?—le dije a mi hija.

—Sí, "mare"—me respondió—. ¿Habrá, alguien "malino" entre nosotros?

Encendí el candil—continúa—, y me fui a la cuna de mi nietecilla, que habíamos "acostao" allí, como "toas" las noches. Horror, no estaba la niña.

—¿Adolfo, "mario" de mi "arma"! ¡Despiértate, que el fantasma ha "robao" a la "chaveilla"—grité a mi hombre.

Se despertó mi "mario", y comprobó que la nieta no estaba en su cuna.

¡"Pa" qué el susto! A las voces despertaron los demás. Recorrimos la casa por "toas" partes. En un rincón, envuelta en una manta, encontramos a la pobretica. ¿Quién la llevó hasta allí?

UN YERNO SIN TRABAJO Y UNA CARGA EXCESIVA

La voz popular trata de poner en claro el enigmático asunto, que conmueve la atención del Rincón de la Victoria, en la costa de Málaga. Se dice... que Adolfo García tiene una hija casada con un muchacho del pueblo, que en la actualidad se halla sin trabajo.

—Le compré unas cabras. Con ellas marchó a la capital, donde se instaló para establecer un negocio. Mi hija y su "mario" podían vivir con aquella pobreza. Podía yo estar tranquilo. No fué así. A Luciano—tal su nombre—no le fueron bien las cosas. Tuvo que vender su pequeñísima hacienda y regresar al pueblo. Una tarde llegaron hasta esta casa. ¿Quién echa a unos hijos a la calle? Y en este cortijo vivieron, comieron, un día y otro día. Así llevan más de tres meses. Mi jornal es escaso. Somos muchos, no hay "pa tos"...

Y el pueblo completa, y murmura, y piensa mal, y es posible que acierte.

¿No es lógico suponer que todo ello no sea una añagaza familiar para que el yerno—hombre crédulo y apocado—huya de la casa?

Y SIGUEN LAS PIEDRAS

Hasta aquí, cuanto nos han referido. Durante nuestra estancia en el Espartal no ha caído ninguna piedra, ni hemos visto nada sobrenatural. Desde el jueves, el yerno y su mujer se han ido a vivir al Huerto de los Morenos. Habría que suponer que, conseguido el propósito, hubieran cesado las fantasmas en su acción ofensiva. Las piedras continúan cayendo. De seis de la tarde a doce de la noche, la pedrea se intensifica. Una verdadera lluvia de pedernal cae del celaje, surge de las chumberas, se lanza al amparo de los olivos. Y a nadie se ve. Ni una sombra. Ni una voz. Nada humano, ni material.

¿De dónde puede surgir tanto proyectil? ¿Es el fantasma de Cádiz que se ha trasladado a las cercanías de la Caleta?

M. L.

El que tiraba piedras en Cádiz se ha trasladado a Málaga

EL FANTASMA DEL ESPARTAL

Por la carretera de Benagalbón corre la chiquillería. Mejor diríamos que huye de algo que inquieta a los "chaveas" de los contornos del Rincón de la Victoria. Es precisamente la hora en que el ser extraño y sobrenatural de la Cañada de las Adelfas empieza su tarea destructora en el cortijillo del Espartal, y de un modo especial, frente a la casa del alguacil municipal, Adolfo García. Una sombra espectral, por el arroyo de la Cueva del Negro, ha dejado en el pueblecito de la costa malagueña su estela de miedo y embrujo.

—¡El fantasma, el fantasma!—gritan los chicos.

—¡Correr, no nos vaya a dar un peñascazo!...

Y, como alma que lleva el diablo, se atropellan los crios para guarecerse en sus hogares.

—¿Y a usted no le da miedo?—nos pregunta el cartero.

—¿Miedo de qué?—respondemos un tanto sorprendidos.

—¡"Chavó" con la "salía"! "Mieo". Lo que se dice "mieo". ¿O es que "usté" no cree en el fantasma del cortijo?

No nos atrevemos a contestar. Es tal la seguridad de las palabras de Guillermo, el cartero del Rincón, que casi dudamos de nosotros mismos.

—Sí, no lo tome "usté" a guasa, que la cosa no es "pa" bromas. Desde hace ocho días a estas horas, "to" el que se atreve a pasar por el cortijillo está expuesto a que le atraviesen el "mollete" de un "chinaso". "To" el pueblo está revuelto. Se han "dao" batidas, y "na"; se han "preparao" cepos, "pa" cogerlo vivo, y "na"... ¡"Na, na" de "na"! Pero el hecho cierto es que el "probe" alguacil no "pué" vivir, y que su gente está "atemorisá" en su casa, sin saber por dónde vienen las piedras.

—¿Y usted no nos acompañaría hasta allá arriba?—le decimos.

—Quite usted, cristiano. Cualquiera corre por aquella barrancada cuando tengamos necesidad de "juir"...

Ante su negativa, no falta—¡Dios se lo pague!—quien se brinda a acompañarnos.

CANADA ARRIBA

Mal camino hay que recorrer para poder llegar hasta el cortijillo del Espartal. Sobre un cerro, y rodeado de chumberas y olivares, está la casita humilde del alguacil del Ayuntamiento, víctima propiciatoria del enigmático ser que no le deja en paz desde hace una semana. El hogar de Adolfo Martín vive en los instantes que le visitamos, bajo el signo del terror. La suegra, la mujer, las niñas no encuentran



palabras para justificar el suceso, que les tiene "esmayaos" y sin comer durante tantos días.

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Y cómo se ha "atrevido" a subir hasta esta casa "desgrasiá"?—me dice la abuela Elvira.

—¡Esto no es "vía"!—interviene una hija del alguacil, Amalia, que une a su belleza un desparpajo singular para referirnos todos los detalles.

—Lo que yo le digo a "usté"—completa el propio alguacil—es que esto va a terminar de una manera trágica. ¡De mí no se ríe ningún fantasma!

No nos sirve explicar al buen hombre que, si si ciertamente se trata de un ser misterioso y sobrehumano, de nada le van a valer los tiros ni las valentías.

—¿Pero "usté" se cree que es posible todo lo que está ocurriendo aquí? Yo le juro a "usté" que no creo en "na", ni podía tragarme eso de que en el siglo que vivimos corrieran las brujas... ¡Pero, amigo..., esto es una cosa "mu" sería! Porque aquí le quisiera a "usté" ver cuando empiezan a caer piedras, ¡y qué piedras!, en todas las direcciones.

TIROS EN EL CORTIJO

Frente a frente con este hombre flaco, de mirada penetrante y hablar atropellado, esperamos a que nos refiera el calvario por que está pasando.

—¿Usted tiene algún mal amigo, alguien que quiera perjudicarlo?—preguntamos.

—¿Enemigos yo? ¿Perjuicios a mí? No, señor, "naide" en el Mundo.

—Entonces, ¿cómo se explica todo esto?

—Hay cosas, señor—nos dice—, que no tienen más explicación que lo "irracional de los seres sobrehumanos". No le quepa a "usté" duda que en el caso presente se trata de un "fantasma espiritual" que quiere buscarme la ruina...

—Sus motivos tendrá—insistimos.

Al oír nuestra contestación, Adolfo cree que dudamos de la veracidad de sus palabras.

—Fantasmas tienen que ser los que me apedrean. Si se tratase de una persona, era imposible que se me hubiese "escapao". Anoche disparé más de doce

EL MUERTO DE GRAMUNTET

En una masía del Pirineo catalán, un viejo adinerado aparece misteriosamente muerto

EN la corraleja de un caserío denominado Gramuntet, compuesto de dos edificios enclavados en las estribaciones del Pico de Stollo, cuya altitud es de 3.141 metros sobre el nivel del mar, en las entrañas del Pirineo, por pleno bosque, sin comunicación siquiera, y sin un mal camino de herradura, ha sido encontrado muerto, en medio de un gran charco de sangre, el anciano Antonio Sabarith Jordana, de sesenta y seis años, persona que gozaba de buena reputación en toda la ribera del Flamisell.

Su hija, Mónica Sabarith Abiá, y su esposo, Ramón Pallás Soldevila, junto con dos familias de la vecina casucha (Cal Saró), únicos habitantes de este rincón del Mundo, sorprenden el cuadro.

Se creen se ha suicidado arrojándose desde la ven-



La mujer del muerto lamenta con una de sus contadas vecinas la detención del yerno. "¡Dos desgracias en una, hija mía!"—dice dolorosamente.

tana de la habitación donde dormía, de cuatro metros de altura, sin más testigos que esas desiertas montañas de Capdellá, cuya vertiente de aguas constituye el baluarte de la producción eléctrica que alimenta de energía a la industria catalana.

Sus familiares no parecen extrañarse de su muerte.

—Ya otras veces, a causa de la hernia que padecía, quiso matarse!—dicen—. ¡Pobre viejo!

Y la vieja de Cal Saró y el yerno de la víctima cogen las caballerías y, después de recorrer quince kilómetros de espinoza y escarpada montaña, en medio de una enorme tormenta de agua y relámpagos, y acompañados por el ruido ensordecedor de los truenos, que resuenan en el fondo del valle, llegan al puesto de la Guardia Civil: una pequeña casita enclavada entre la carretera de Pobla de Segur, frente a la central eléctrica de Capdellá, y el río Flamisell.

—¡Nuestro viejo se mató, señor!—le dicen al cabo—. ¡Debió desesperarse por su enfermedad!

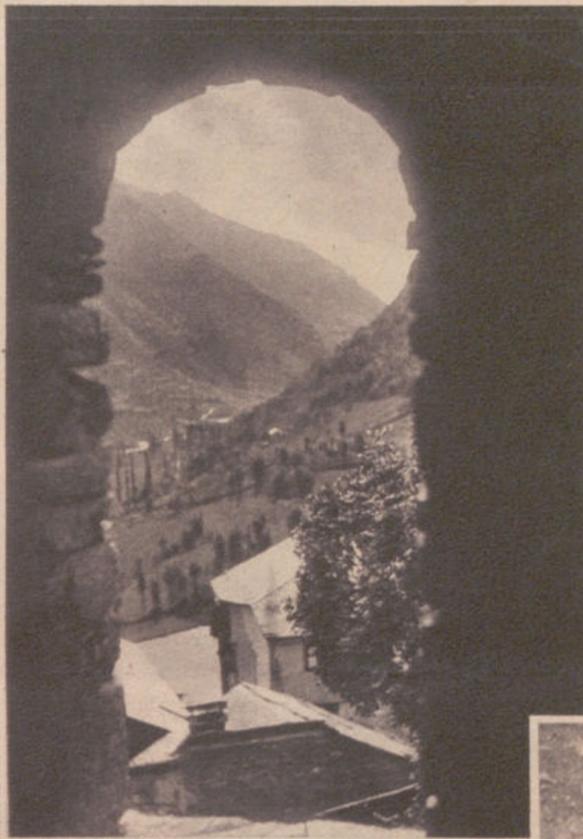
Y el cabo, con un guardia y la vieja, y el yerno toman el sendero, entre vericuetos, y van al perdido caserío. Llegan sobre las cuatro de la tarde, casi de noche en estos lugares de montaña, donde el sol sólo irradia sus rayos en las horas medias del día, a causa de las gigantescas paredes de montañas que existen.

En el patio está todavía el cadáver del anciano. Practican las primeras diligencias.

El cabo hace un reconocimiento en la casa. Todo está en orden; no se encuentra detalle alguno que indique lo contrario. Pero cuando ya da por terminada la diligencia y tiene tomadas las correspondientes notas para comunicar a la superioridad lo ocurrido, se fija que en la parte baja de la ventana, desde donde se "supone" se arrojó "el" Antonio, hay unas manchas de sangre...

—¿Y esta sangre?... ¿Quién ha manchado de sangre la pared?

Todos callan. Los hijos de la víctima y tres vecinos, únicos habitantes, como marchando al unísono, siguen afirmando que el viejo se había suicidado. De las manchas de sangre nadie sabe dar cuenta.



Desde esta alta ventana cayó al patio de la masía el anciano Antonio.

Esta vieja vecina cree que ha sido asesinado, pero que no fué autor el yerno.



En la feria de Pobleta de Bellvehi no hay otro comentario que el de la muerte misteriosa del viejo Antonio.

Que el viejo tenía algún dinero, aunque no se pueda precisar la cantidad, es cosa que ya sabe su familia.

—¿Quién le preguntaba, con aquel carácter!

Pero el dinero no ha aparecido.

De la posible culpabilidad del yerno nos habla un anciano, tocado de la tradicional barretina.

—Diga "usté" que no, señor! "El" Ramón es incapaz de semejante hecho, porque es trabajador y honrado, y nunca tuvo nada con su suegro, digan lo que quieran! Además, que esto no lo sabe usted: la "pubilla", la hija del viejo, que es su mujer, es la única heredera de todo y, al casarse, tuvo una buena dote, y el Ramón trajo otra considerable de sus antepasados...

Ahora hablo con la mujer del muerto:

—El "meu marit" (mi marido) ya tenía la manía de atentar contra su vida. ¡Sufria mucho! No sé por qué han detenido "al" Ramón, haciéndole recaer "sospites" (sospechas) de que le matara; "estic" asegura al "ensem" (lo mismo) que el "meu fill" (mi hijo) tan pronto declare ante el "Jutge, mol" (tornaré).

En la importante feria de ganado mayor que se celebra en Pobleta de Bellvehi, a la que acuden gentes de toda la ribera del Flamisell, que este año ha coincidido con el suceso, no oímos otra cosa:

—"L'avi" de Cal de Sabarith "s'ha mort" (se ha matado).

—"L'avi" de Cal de Sabarith "l'han mort" (le han matado).

Pero todos los que conocen a Ramón están convencidos de que no ha podido ser él el autor de acción tan criminal.

—Tiene que haber extraños por la montaña!

El esclarecimiento va a ser difícil en terreno tan accidentado. Por estas tierras transcurren años enteros en los que, vecinos de un mismo término municipal, cuyas casas distan doscientos metros en línea recta, a causa de lo escabroso del terreno y de la nieve casi constante que la cubren, no se ven.

Como comentario final, un viejo moralista del Pirineo me dice:

—Lo que no sé es cómo no ocurren aquí más cosas de éstas! ¡Con la caridad de vino, y sobre todo de ron, que se bebe!

(Fotos Farrán.)

FRANCISCO FONTANALS

La semana próxima comenzaremos la publicación de una breve serie de reportajes sobre la vida extraordinaria de los grandes estafadores, titulada

"Vidas de folletín"

y escrita por un hombre no habitual en las letras, pero a quien su vida azarosa puso muchas veces al lado de estos personajes de novela policíaca, por lo que firma sus trabajos con el seudónimo de

"Emilio Barnús",

nombre que usó repetidas veces en su vida de auténtico estafador.

Suponemos que relato tan lleno de veracidad y sencillez ha de interesar hondamente a nuestros lectores.

UN NIÑO RAPTADO POR UNOS EXTRANJEROS EN UNA ALDEA DE LA MONTAÑA

El misterio del automóvil azul

UN PUEBLO DE BARQUILLEROS
EXISTE en la montaña de Santander una región escarpada y pintoresca cuya mocedad conoce como nadie el oficio de hacer barquillos. Todas las primaveras, los pueblos del valle de Luena se despueblan, y bandadas de muchachos bajan con el "maco" al hombro por las vertientes del Escudo para coger el tren en Ontaneda y comenzar su viaje periódico al mediodía de Francia.

En el otoño, después de haber ganado unos centenares de francos en las playas de la Costa de Plata y en las ciudades comprendidas entre Bayona y Tarbes, los muchachos regresan a sus pueblos para seguir dedicándose al pastoreo y a la labranza.

En uno de estos pueblecillos, llamado Entrambas-mestas, y en su barrio de La Parada, acaba de desarrollarse un capítulo de novela cosmopolita, que tiene asombradas a las gentes.

EL BARQUILLERO Y LA FRANCESITA

Uno de esos muchachos emigrantes, llamado Bernardo Diego, marchó a Francia hace quince años, y no volvió a aparecer por el pueblo hasta hace cuatro. La gente, su familia sobre todo, le asató a preguntas.

—¿Qué fué de tu vida en todo este tiempo? ¡Parece que mejoraste de fortuna! ¡Tráes mejor cara y vienes más elegante!

El muchacho contó la aventura. Anduvo vendiendo sus barquillos por el mediodía de Francia, hasta que, favorecido por la suerte, comenzó a parar en la vida que pasaba a su alrededor.

—Me enamoré de una muchacha de Pau, que tenía quince años y se llama Suzette... ¡Y con ella estoy casado allí, y tengo tres hijos!

Las gentes no salían de su asombro.

—¿Vamos! ¡Quién lo iba a decir del Bernardo!...

VUELVE CON SU HIJO MAYOR

Cuando Bernardo marchó a Francia, después de hacer acto de presencia en su pequeño pueblo, iba encantado de su mujer.

—¿Estoy deseando verla! ¡Es tan buena y tan guapa, y nos queremos tanto!...

Pero, nadie sabe cómo, comenzaron las disputas. ¿Qué hizo cambiar a Bernardo? Es hombre reservado, y a nadie ha dicho una palabra. Lo cierto es que, a poco, un día se presentó de nuevo en el pueblo con un niño—su hijo mayor—, un guapo chiquillo de cinco años—de la mano.

—Este es Ricardín, mi hijo, que todavía no conoce España!... ¡Me lo he traído para que vea la tierra!

—¿Y tu mujer?

—¿Tampoco esta vez viene contigo?

—Me parece a mí que no te llevas "demasiado" bien con ella, ¿eh?

Ante tanta pregunta, Bernardo no tuvo más remedio que acabar confesando.

Si había tenido unos disgustos con Suzette, y cogiendo al niño de la mano, se había marchado de la casa, dando la consabida disculpa: "Que iba a cortarle el pelo."

—Ahora le vais a tener aquí con vosotros—dijo a su madre y hermanos—; pero cuidándolo mucho... ¡Ya que yo no pueda llevarlo conmigo, ni que su madre lo tenga, que seáis vosotros los que me lo cuidéis!

Y dándole unos fuertes besos, Bernardo dejó a su chico en aquella pintoresca casuca aldeana del barrio de La Parada, y marchó a Valladolid, en cuya Universidad había encontrado un empleo.

TEMORES Y SOSPECHAS

Desde que el niño Ricardín quedó en La Parada con su abuela Nicanora y su tía Josefa, comenzaron a llegar a la casa rumores de que la madre del pequeño se proponía quitarle el niño por la violencia el día menos pensado. Estos rumores hicieron que las dos mujeres guardasen a Ricardín como un tesoro, atalayando a diario, desde el balcón de su humilde casa, todos los senderos que conducen hasta aquel nido de águilas, enclavado en la parte más alta de un monte.

—¿Mira bien, Josefa, hija!—decía la madre llena de miedo—. ¿Que, a lo mejor, vienen a quitárnoslo cuando menos lo pensemos!

Por las noches, las dos mujeres se acostaban intranquilas, despertando al menor ruido, creyendo a cada instante que la puerta de la vivienda había de abrirse de improviso para dejar paso a gentes desconocidas que arrancarían al niño de sus brazos.

Poco a poco fueron tranquilizándose. A primeros del mes de octubre, la vieja Nicanora dejó a su hija Josefa, de diez y ocho años, al cuidado de Ricardín, porque tenía que ir unos días a San Juan de Luz, donde estaba su hijo mayor vendiendo barquillos.

—Cuida de él como si fueras una madre, que casi lo eres!—recomendó a su hija—. ¡Mira que, mientras está fuera, no voy a vivir pensando en que te lo puedan quitar!

—¿Descuide, madre, que la pequeña y yo estaremos pendientes de él!

Josefa sacaba todos los días al niño a un prado



En esta casa del barrio de La Parada, en Entrambas-mestas, vivía el niño con su abuela y tías.

próximo para que jugase con otros pequeños de su edad, mientras ella hacía sus labores, sin perder de vista al sobrino.

También Bernardo Diego, el padre del niño, escribía de vez en cuando a su hermana para decirle que anduviese con cuidado, porque tenía miedo de que Suzette, su mujer, fuera un día por allí y se llevase al chiquillo por la fuerza.

"No le dejéis alejar mucho de frente a la casa — recomendaba siempre—, y aunque esté en el prado de enfrente, no dejéis de mirarle vosotras desde la solana."

UN AUTOMOVIL AZUL

Una mañana, hace unos días, cuando las nieblas acababan de marcharse de los picachos y el sol comenzaba a retozar por los prados, Josefa vió desde su solana cómo bajaba la cuesta del Escudo un auto raro, pintado de azul y con aire de no ser español.

—¡No sé por qué me dió una punzada en el corazón! pero, para tranquilizarme, pensé: "¡Bah! ¡Algún coche de turistas que viene de Burgos!"

Casi había acabado de pensarlo cuando observó al coche, ya abajo, junto a las casas de la carretera. Iba muy despacio, como buscando algo. Josefa se levantó atropelladamente, dejó la labor en la solana y bajó corriendo.

—¿Ay, Dios mío!

Pero cuando llegó al prado donde jugaba Ricardín vió que por la carretera que sube hasta el barrio de La Parada venían tres desconocidos: una señora de edad, una damita peripuesta y un caballero de serio aspecto.

—¿Estos son!—pensó Josefa—. Y miró al niño que, ajeno a todo, seguía jugando con otros chiquillos de su edad.

Abajo, en el automóvil, habían quedado otra señora, un caballero de distinguido porte y una niña.



Bernardo Diego, el padre, es un buen muchacho, antiguo barquillero, que ahora está empleado en la Universidad de Valladolid.



El niño Ricardo, recientemente retratado en el pueblo montaños.

Los desconocidos se acercaban ya. La damita, que venía la primera, se acercó a Josefa.

—¿Perdón, "mademoiselle"!... ¿"Vous" conocéis a un "infantito" llamado Ricardín?

No pudo contestar. Tan fuerte emoción sentía la moza al verse frente a los que tanto tiempo estuvo temiendo encontrarse, que se echó a llorar y, sin saber lo que hacía, señaló al niño, que seguía jugando.

Suzette, que tal era la damita, se abalanzó a él, a la vez que Josefa, en una reacción instantánea, trataba de tomarle en sus brazos.

—¿No, no!...

—¿Perdón, perdón!

Y las dos mujeres forcejearon por la posesión del niño, que, viéndose en aquella situación de pronto y sin conocer a su madre, lloraba desesperadamente.

—Auxilio, auxilio!

Pero ni el desconocido del niño ni las voces de su tía lograron atraer a nadie en aquellas altas soledades campesinas.

HUYEN LOS RAPTORES

Suzette, más fuerte, logró hacerse con él, y, en unión de la señora, que era su madre, y del acompañante que, a lo que parece, era un capitán de gendarmes, se lo llevaron cuesta abajo, saltando zanjas y pedruscos. Josefa corrió también a la carretera por los sen-

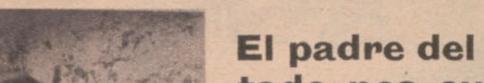


deros que suben hasta la casa, para atajar el camino.

Para no perder momento, la señora que esperaba abajo—una amiga de Suzette—, el hombre—su abogado—y la niña—la hija más joven de Bernardo y la francesa—se metieron en el coche.

Aún le dió tiempo a Josefa para un nuevo forcejeo con los raptos. Pero todo fué inútil. Nadie acudió en su auxilio; sólo su hermana pequeña pudo fijarse en la matrícula, que era "55 X 99-F.", según recuerda todavía, y es probable que ya no olvide.

El automóvil azul huyó por estas pintorescas y accidentadas carreteras de la montaña. (Fotos Samot y archivo.)



El padre del niño raptado nos cuenta una triste historia de amor

BERNARDO ES UN HOMBRE BUENO

Tres días ha tenido el reportero que detenerse en Valladolid para conocer a fondo las verdaderas causas del pelucoso rapto del niño Ricardito de Diego Kioski, realizado la pasada semana en Entrambas-mestas.

El padre del niño raptado es ahora empleado de la vieja Universidad vallisoletana.

Cuando llegamos hasta el monumental edificio, una nube de bedeles y viejos alumnos rodean al opulento y campechano conserje de la casa, comentando la desgracia que azota la tranquilidad de Bernardo Diego Salas, subalterno del establecimiento docente, donde supo granjearse amistades, consideraciones y afectos de todo el mundo.

—Crea usted—nos dice el conserje—que para todos ha sido una sorpresa y que todo el mundo comparte aquí el dolor de Bernardo... Hace tres días recibió la desagradable noticia, y al saber su natural deseo de correr en busca del hijo, todo fueron facilidades y alientos frente a su desgracia y desesperación...

—Bueno es el muchacho—afirma otro de los porteros—, que no andaría siempre tan apereado si tuviera, como otros, la cara dura y se echara el alma a la espalda... Aquí, donde las cosas de trabajo están tan mal, se conforma a ganar un miserable duro. Si no le diera importancia a las excentricidades de su mujer, como un rey viviría en Francia, donde, con su profesión de perito mecánico-electricista, ganaba el dinero que quería...

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Bueno es el muchacho—afirma otro de los porteros—, que no andaría siempre tan apereado si tuviera, como otros, la cara dura y se echara el alma a la espalda... Aquí, donde las cosas de trabajo están tan mal, se conforma a ganar un miserable duro. Si no le diera importancia a las excentricidades de su mujer, como un rey viviría en Francia, donde, con su profesión de perito mecánico-electricista, ganaba el dinero que quería...

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

SUS AMORES EN FRANCIA

En la misma estación, al saltar del vagón del expreso de Santander, hemos entablado una charla con Bernardo de Diego Salas, que vuelve a su trabajo triste, dolorido por este nuevo zarzapo de su destino. Habla premioso, con temblores en las palabras. —Yo era feliz. Después de correr por tierras de Francia, conseguí que huyera el hambre, que había sido mi eterno compañero en los años de mozo.



Toda esta novela auténtica del niño raptado está rodeada de los comentarios más apasionados en la provincia de Santander, donde ya las viejas meten en la cama a sus nietecitos a la caída de la tarde y miran con recelo a todos los autos que pasan por el camino.

BERGERAC

El padre del niño raptado nos cuenta una triste historia de amor

BERNARDO ES UN HOMBRE BUENO

Tres días ha tenido el reportero que detenerse en Valladolid para conocer a fondo las verdaderas causas del pelucoso rapto del niño Ricardito de Diego Kioski, realizado la pasada semana en Entrambas-mestas.

El padre del niño raptado es ahora empleado de la vieja Universidad vallisoletana.

Cuando llegamos hasta el monumental edificio, una nube de bedeles y viejos alumnos rodean al opulento y campechano conserje de la casa, comentando la desgracia que azota la tranquilidad de Bernardo Diego Salas, subalterno del establecimiento docente, donde supo granjearse amistades, consideraciones y afectos de todo el mundo.

—Crea usted—nos dice el conserje—que para todos ha sido una sorpresa y que todo el mundo comparte aquí el dolor de Bernardo... Hace tres días recibió la desagradable noticia, y al saber su natural deseo de correr en busca del hijo, todo fueron facilidades y alientos frente a su desgracia y desesperación...

—Bueno es el muchacho—afirma otro de los porteros—, que no andaría siempre tan apereado si tuviera, como otros, la cara dura y se echara el alma a la espalda... Aquí, donde las cosas de trabajo están tan mal, se conforma a ganar un miserable duro. Si no le diera importancia a las excentricidades de su mujer, como un rey viviría en Francia, donde, con su profesión de perito mecánico-electricista, ganaba el dinero que quería...

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

—Mire usted—añade el conserje—, el catedrático de Derecho Penal le protege y le ayuda como si fuera hijo suyo. Ahora mismo, durante la ausencia de dicho señor, Bernardo de Diego vive en la casa del señor Zabala. Mucho quiere esta familia a la madre de Bernardo, que crió a las hijas de este respetable profesor; pero tanto o más estiman al hijo, que supo atraerse por su honradez el afecto de dichos señores.

SUS AMORES EN FRANCIA

En la misma estación, al saltar del vagón del expreso de Santander, hemos entablado una charla con Bernardo de Diego Salas, que vuelve a su trabajo triste, dolorido por este nuevo zarzapo de su destino. Habla premioso, con temblores en las palabras. —Yo era feliz. Después de correr por tierras de Francia, conseguí que huyera el hambre, que había sido mi eterno compañero en los años de mozo.

¿HAY 4 INOCENTES EN

Que un jurisdiccional le exento de haberse ofendido culpa doblemente en nuestra defensa es bueno. Por tanto nuestro agradecimiento será eterno.

Reciba Sr. Cuesta con nuestro reconocimiento más sincero la seguridad de que dejémosle a cuatro inocentes, de V. aff. mos y. s. p. e. r. w.

José Rivas López Rafael González Canjón

Antonio Escalona

Manuel Moya

Cartagena Penitenciaría Central 8-4-25

Cumplí mi cometido auxiliado por la amabilidad de un director inteligente y comprensivo, que fué mi guía amable en aquella casa de tristeza.

Al caer la tarde—había terminado ya el rancho—, los cuatro jóvenes reclusos, formando un grupo de angustia, deslizaron hasta mí su deseo de hablarme. Accedí con verdadero placer al ruego que me dirigieron.

—Dígalos usted—dije al ayudante de la prisión— que ahora mismo pueden hacerlo. Desde que he entrado en el patio he podido observar que algo querían de mí.

Y los cuatro mozos—ceceo granadino en su charla fluida y desordenada—me contaron, entre lágrimas, su cautiverio. Los cuatro conocían ya el martirio de la injusticia. Los cuatro estaban cumpliendo una condena por un delito que no habían cometido. Eran para la ley cuatro atracadores vulgares, cuatro pistoleros que habían asesinado a tres hombres una noche de marzo en la calle de San Isidro, de Granada.

Y todo por una falsa acusación, infame y cruel, de otro hombre—también penado en Cartagena—, conseguida mediante la entrega de un dinero y la promesa de que no le sucedería nada...

AQUELLOS MUERTOS EN VIDA ME DIJERON...

Rafael González, José Rivas, Manuel Moya y Antonio Escalona—tales los nombres y apellidos de los

SOL EN EL PENAL

Lo recuerdo perfectamente. Estaba yo en Cartagena. Una misión informativa me llevó a visitar el penal del puerto levantino. Fué aquella tarde de mayo, cuando el sol inundaba de luz el patio del presidio. Era la hora en que cientos de penados—cráneos rapados, pardos uniformes y una igual tristeza—paseaban sus nostalgias y sus dolores en idéntico afán de libertad y redención. La hora clara de la tarde primaveral traía a aquellos hombres las soñadas añoranzas de otros tiempos más felices.

CUATRO MCZOS DE GRANADA

En aquel humano hervidero fuimos pronto asaetados por las miradas fijas y constantes de cuatro mozalbetes. Una atracción de simpatía me hizo mirar a mí también. Ignoraba el delito que les había llevado hasta allí. Desconocía, por tanto, la pena que tenían que cumplir. Lo que sí puedo asegurarles es que ninguno de los cuatro denotaban en sus rostros jóvenes el estigma de delincuencia de que hablan las clásicas teorías de Lombroso.

He aquí el final de la extensa carta que nos escriben los cuatro penados pidiendo justicia.



María Carvajal, madre de uno de los penados, ha venido a nuestra redacción en nombre de las cuatro madres.

Arriba, los muchachos granadinos hablan en el penal de Cartagena con nuestro redactor Manuel Cuesta.

cuatro—me rodearon bajo un porche del patio, repitiéndome una y otra vez su angustiada cantinela:

—No fuimos nosotros, se lo juramos a usted. No fuimos. Aquí mismo hay un compañero que puede decirle la verdad de "to". Somos inocentes. Háblele usted, y verá como cuanto le decimos es cierto. Mire: es aquél del rincón. Juan Fernández de Córdoba se llama. ¡Háblele usted, por caridad! Está ya "arrepentío" de lo que hizo, y dispuesto a lo que sea para probar nuestra inocencia.

Tal era la vehemencia de aquellas palabras, el acento de sinceridad con que estaban pronunciadas, que no dudé en llamar al otro penado.

—Tienen razón, sí, señor. La única verdad de "to" es lo que le han dicho esos cuatro. Yo acusé "ce-gao" por un dinero que debió quemarme las manos. "Sabusté", señor, "sabusté"; ellos no tienen culpa de "na"—me habló atropelladamente.

Y con todo detalle me refirió la triste historia de aquel suceso lamentable. Con frases cortadas por la sincera emoción del arrepentimiento. Con palabras balbucientes de avergonzado.

Fué tan enorme el efecto que aquel relato me produjo, que inmediatamente después de haberlo escuchado con toda atención, hablé de ello con el director del presidio. En efecto, don Diego Robles me confirmó las palabras anteriores. A los cuatro mozos de Granada, Juan Fernández de Córdoba les había acusado como autores por mil pesetas, conocedor del atraco que se perpetraba.

Salimos del penal de Cartagena bajo el peso terrible de aquello que acabábamos de oír. ¿Estábamos ante un nuevo error judicial?

LLANTO DE MADRE

De entonces a hoy han pasado cuatro meses. Los condenados por aquel suceso obtuvieron que su re-

EL PENAL DE CARTAGENA?

curso contra la sentencia fuera tomado en consideración por la Sala segunda del Tribunal Supremo. Se ordenó, por consiguiente, una información suplementaria, en revisión de la condena recaída el 24 de abril de 1934, imponiendo a Juan Fernández de Córdoba, Manuel Moya, Antonio Escalona y José Rivas, veintiséis años de reclusión mayor, y a Rafael González, catorce años, un día y mil pesetas de indemnización, por ser menor de edad. Pero los cuatro continúan en el presidio. Pasan los meses y nada se resuelve. La perspectiva es negra, lamentable e injusta.

Una tarde llegó hasta nuestra redacción el llanto de una madre. Estábamos en la hora febril del trabajo. Una mujer quería hablarnos. Era María Carvajal Martínez, madre de Rafael González, que había venido hasta Madrid, a costa de muchos sacrificios, en nombre de las otras madres desgraciadas, y teniendo que reunir entre todas el importe del viaje.

—Hasta donde sea llegaremos. Descalzas, sin comer, pasando privaciones, todo lo que haga falta para demostrar la inocencia de nuestros hijos. Es una infamia que esos cuatro hombres cumplan una pena por un crimen que no cometieron. Hablo en nombre de Rosario López, de María Escobar, de Micaela Carretero y en el mío propio.

Los chicos—continuaba la mujer—ni se conocían ni eran amigos. El mismo hermano de uno de los muertos ha llegado a Madrid para pedir justicia. Yo puedo decirle a usted quiénes son los que hicieron el crimen.

Y nos hizo una confesión que no podemos hacer pública, pues no está en nosotros acusar.

—Bien es verdad—nos decía María Carvajal—que hemos conseguido la revisión del proceso; pero volvió de Granada sin que se presentaran testigos, sin que a los presos se les concediera el careo que solicitaban.

Uno de los chicos condenados estaba en el servicio, en Marruecos, precisamente el 25 de febrero, que fué el día que repartieron las pistolas. Los otros, trabajando. El padre y la madre de una de las víctimas

clase de pruebas que reputamos concluyentes.

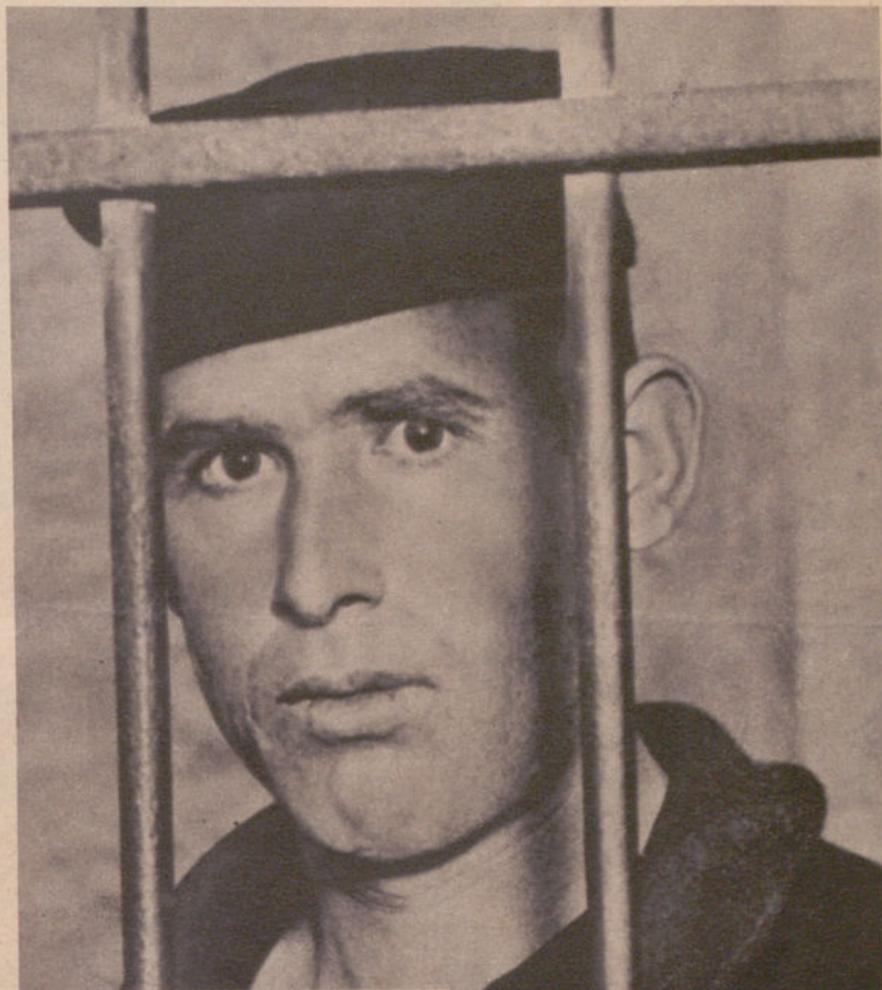
Extensos escritos de los cinco encartados. Bajo su firma, cada uno demuestra su actuación. Juan Fernández de Córdoba relata con una sinceridad impresionante, que si ahora le honra antes le denigró por falso acusador, su repugnante participación y su infame proceder en el hecho.

Podíamos ser mucho más claros. No es nuestra misión delatar a nadie, pero si está en nuestro cometido poner de manifiesto este inconcebible caso, en espera de que la Justicia cumplirá su augusta misión y desentrañará las muy delicadas mallas de este sensacional proceso, para que, al fin, resplandezca la verdad ante el mundo.

Que no se tenga que decir que hay cuatro hombres inocentes cumpliendo una condena interminable en un presidio de España.

MANUEL CUESTA

Juan Fernández de Córdoba asegura él mismo haber acusado a los cuatro muchachos por mil pesetas que le habían ofrecido. →



Bajo su firma, Fernández de Córdoba nos reitera sus rotundas declaraciones. "El remordimiento no me dejará vivir", dice.

(Fotos Almazán.)

Este puede justificarse con 7 machachos de fusiles que compenetraron a otros fusiles no puede decir sus nombres, por la Audiencia, ratum quia son.

Cuando estabamos en la sala de espera fui llamado aparte, a un rincon por un abogado llamado... me preguntaron que que tenia pensado decir y yo, le dije que la verdad, porque el remordimiento no me dejara vivir, y en toos momentos que siguiera las mismas de declaraciones que me me pararia nada y repitiendome que si me seguia las mismas de declaraciones, yo iria a por el y ello iriam a libertad.

Juan Fernandez Córdoba

Carta dia 8 9 39

han escrito al Supremo para manifestar que saben que los que están en Cartagena cumpliendo tan dura sentencia no son los autores...

—¿Entonces...?—dijimos.

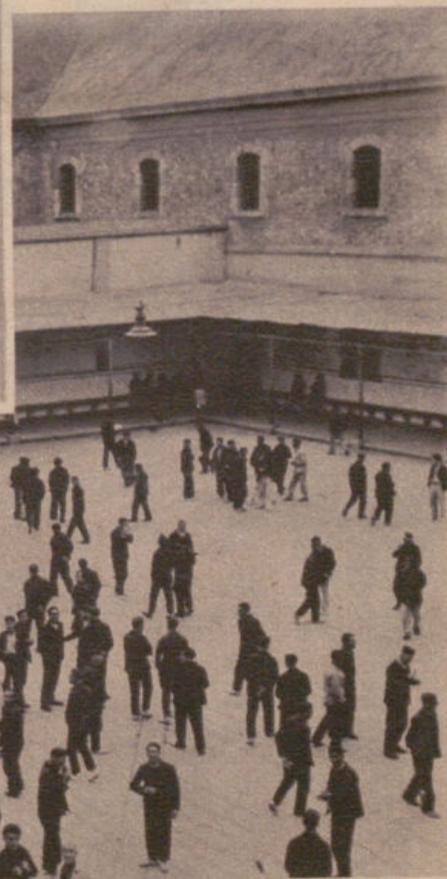
Y aquella mujer volvió a repetirnos, con toda clase de detalles y nombres, el emocionante relato que me habían hecho los cinco penados.

—Son inocentes, absolutamente inocentes, nuestros hijos. Que la Justicia les oiga. Que se compruebe cuanto piden—me decía entre lágrimas y lamentaciones.

Solamente con eso se demostrará la verdad de todo y el terrible error que se ha cometido. ¡Hágalo usted saber a España entera! ¡Que llegue a conocimiento de todo el mundo, que la gente se entere del terrible calvario de los hijos de nuestra alma!

Y ESCRIBIMOS...

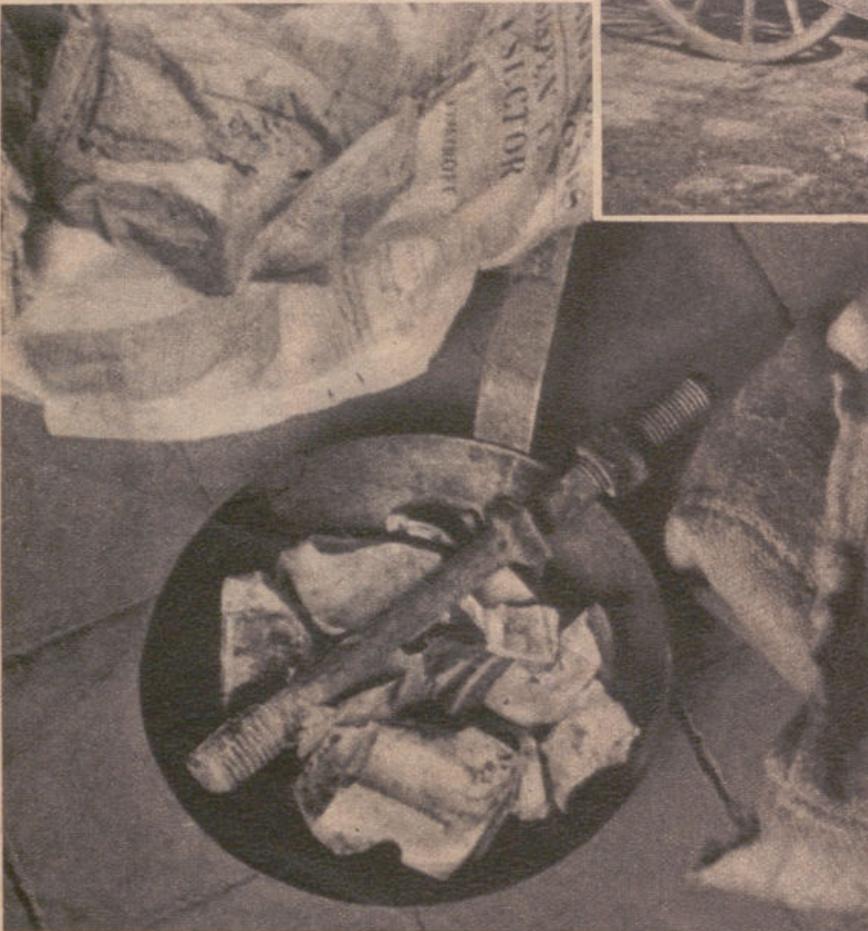
Accedemos, verdaderamente emocionados, a las súplicas de esas cuatro madres. En nuestro poder, y a la vista, cartas, documentos, declaraciones, toda



UNA MUJER HA SIDO



Después de golpearla con una palomilla, sacó de una cesta este cuchillo, "de los de cortar pan", y le cortó la cabeza.



"QUEDE PALIDO, MUDO, TEMBLOSO"

EL campesino Domingo Anglada, vecino de Argentona, pueblecito próximo a Mataró, empezó su faena en los campos de labradío, como de costumbre, a las seis de la mañana. Silbando una sardana, el hombre desbrozaba terrones tranquilamente, cavando la tierra llena de hierbajos. De pronto, Anglada quedó con la azada en el aire, suspenso. Por los hierbajos había un camino de sangre que seguía hasta un cauce seco—"riera"—por donde las aguas discurren hacia los sembrados. "Por aquí—se dijo el buen payés—debe de haber un animal herido." Quiso averiguarlo. Llegó a la linde de la finca Oliver, del barón de Viver. Agachado, fué separando las matas de la hierba. En una de ellas, sus manos tropezaron con una cabeza humana.

—Quedé—me dice—pálido, mudo, tembloroso. Las piernas no me sostenían y creía que iba a perder el sentido, cayendo redondo allí mismo. ¡Ay, señor! Una cabeza "talmente", "entodavía" echando sangre. Me refregué la cara con las manos, y cuando quise pedir auxilio se me "atrancó" la voz en la garganta. Perdí la razón más de dos cuartos de hora. Al apoyarme para ponerme en pie me herí en un dedo con el pedazo cortante de la porcelana de una palomilla de los palos de la luz. Con los restos de la jicara estaba el hierro mojado en sangre y una sartén aceitosa.

"¡HE ENCONTRADO LA CABEZA DE UNA MUJER!"

A trompicones marchó el payés a dar aviso de lo que había visto. Iba desorbitado, jadeante, enlo-

El carro en que iban ↑ por las ferias Juan Antonio y su amante, en el que fué apresado el agresor.

La sartén tiene dentro los pedazos de la palomilla, destrozada por el ← golpeo.

quecido de horror. —¿Adónde vas, Anglada?—le preguntaban al pasar.

Pero Anglada no respondía. Continuó corriendo sin detenerse. Al llegar a la puerta del Juzgado municipal pudo gritar al fin:

—"Senyor Sala, senyor Sala! He trobat un cap de dona! Baixéu!"

El juez municipal, Guillermo Sala, descendió las escaleras al oír las llamadas angustiosas del campesino.

—¿Qué dices, Domingo?

—¿Estás "boch"—loco—o qué?

—"Un cap de dona que he trobat a la malessa!"

—¿Sola?

—Y una sartén.

—Tú estás loco.

—"Veniu", allí en la "riera" de Can Oliver la he visto tapada con "malessa".

—¿Y el cuerpo de la "dona"?

—El cuerpo de la "dona" no sé dónde está. "Cri-de" a los civiles, que esto es un crimen muy grandísimo.

EN UNA ZANJA DESCUBRIERON EL CUERPO MUTILADO

El estado de excitación del payés convenció al juez municipal de que algo muy grave había ocurrido. Inmediatamente requirió una pareja de la Guardia Civil, dirigiéndose al lugar del suceso acompañado del alguacil del Juzgado de Mataró, Pío Casas, que ocasionalmente se encontraba en Argentona. En la acequia indicada por Anglada encontraron la cabeza de una mujer cubierta de matos arrancados hacia pocas horas. El terreno aún estaba fresco.

El juez, los guardias civiles y el alguacil rastrearon por el campo buscando el cuerpo de la mujer espantosamente degollada. Palmo a palmo y mata por mata lo inspeccionaron en una extensión de medio kilómetro.

—"Veniu, veniu!"—vociferó desde un extremo el alguacil Pío Casas—. El cuerpo de la "dona" está aquí.

En una zanja, cubierto con una manta vieja y unas harpilleras, apareció completamente desnudo

el cuerpo mutilado de la infeliz mujer. En la cabeza, hallada anteriormente, en los brazos y en el pecho presentaba moraduras y rasguños, como si entre la víctima y su asesino se hubiese entablado una lucha cruel. No había ropas ni documentos por los cuales se pudiese identificar el cadáver. El rostro de la mujer era totalmente desconocido.

La noticia del pavoroso asesinato se había difundido rápidamente por el pueblo, y los vecinos más decididos y curiosos se aproximaron a la "riera". Algunas comadres se desmayaron, y hubo que llamar al médico para reanimarlas.

UN HOMBRE HA VISTO AL ASESINO

—Yo he visto la cara de esta mujer; pero no sé dónde!—exclamó Cándido Carbonell, empleado en la Compañía de Tranvías de Mataró.

—Trata de recordar, hombre—le aconsejó el juez.

—"M'ensembla"... Esta "dona" vendía "jouguines"

—juguetes—por los mercados. Sí, es la misma. Iba con un "jove" en un carro tirado por un burro. También llevaban un can negro, grande, viejo y ladrador.

—¿Cuándo los vió usted por última vez?

—Ayer anocheciendo, camino de Argentona y Granollers.

—Aproximadamente, ¿qué hora sería?

—A tres cuartos de ocho.

—¿A las ocho menos cuarto?—concretó un guardia civil.

—Eso mismo.

—Entonces, el asesino no debe de andar muy lejos—objetó el juez municipal.

La pareja de la Guardia Civil, a buen paso, enfiló la carretera de Granollers, a la captura del criminal. Entre Granollers y Sabadell, en el término de la primera de las poblaciones, la pareja dió el alto a un muchacho que conducía un carro de las características señaladas por el tranviario. Detrás iba un perro negro, grande, sarnoso.

—¿De dónde vienes?—preguntaron los guardias civiles al muchacho.

—Vengo de Granollers y voy a Manresa.

—¿A qué fuiste a Granollers?

"YO NO HICE NADA. ¿DE QUE ME CULPAN?"

—Al mercado. Vendo muñecos de cera, matracas, flautas, "giravents", pitos y vendo matasuegras...

—¿Conque has ido al mercado, eh? Pero al mercado de la semana pasada, porque el de ésta no se celebra hasta el jueves.

—Ya me dijeron, ya, que el mercado era para el jueves.

—Vamos a ver: antes de estar en Granollers pasaste por Mataró, ¿verdad?

—Sí, señores guardias.

Fija la mirada en los representantes de la autoridad, al oír esta pregunta el del carro se demudó y un sofoco grande le congestionó la cara.

—Contesta a lo que te preguntamos. ¿Estuviste o no en Mataró?

—Pasé por allí.

—Y por Argentona, ¿no es cierto?

—También en Argentona.

DECAPITADA EN MATARÓ

—Pues, entonces, ¡hala!, da la vuelta al carro, y delante de nosotros, otra vez hacia Argentoná.

—Yo no hice nada, pobre de mí. ¿De qué me culpan?

—Sigue el camino. Eso lo aclarará el juez.

—Yo no fui, señores guardias. Cuando allá por las once de la noche íbamos durmiendo, apuntándonos con unas pistolas unos atracadores nos robaron lo que teníamos y mataron a "la" Dionisia. ¡Yo no fui, señores guardias!

—¿Y esas manchas de sangre que llevas en los pantalones?

El muchacho se ensombreció. Las manchas de sangre fueron para él una acusación que no esperaba. No supo qué responder. Bajó la cabeza meditando una respuesta.

Al cabo de un rato se le ocurrió:

—Esto fué de una gallina que hicimos para la cena.

—Bueno, no te detengas. Arreando sin parar.

Todo el trayecto lo hicieron los guardias y el detenido sin cambiar palabra.

EL CRIMINAL CONFIESA EL HORRIBLE CRIMEN

Al llegar al Juzgado de Mataró, estrechado a preguntas, el criminal acabó por confesar el horrible delito. Se llama Juan Antonio Patón Gómez, de veintitrés años, natural de Jaén.

—Conoci a "la" Dionisia—contó—en la feria de Vich va para seis meses. Estábamos en una taberna bebiendo buen vino, y acordamos "ajuntarnos" vi- viendo como marido y mujer. Ibamos de mercado en mercado y de feria en feria, y como a "la" Dionisia la conocian otros ambulantes, uno más amigo

Ahora, Juan Antonio, en la cárcel de Mataró, se niega a ir a la celda.



mío que de ella me dijo que era una tal y una cual, que había estado en presidio cumpliendo dos penas que le fueron impuestas por haber tomado parte en un atraco y la otra por robo...

—¡Con mala mujer vas!—me había dicho "el" Remigio—. Cualquiera día te hará una gorda, porque es hembra de pelo en pecho. Y el marido, ¡vaya pieza!, también estuvo en el presidio de Ocaña. Le apodan el "Relojero". Es almeriense y compone relojes por los pueblos."

Aquellas palabras "del" Remigio—añadió Juan Antonio—me enrabiaron, porque yo creía que Dionisia Fernández Fernández, nacida en Avilés, con una hija de veinticuatro años casada en Barcelona y un hijo que trabaja de jornalero en los campos de Mora del Ebro, me parecía una buena mujer. La tomé por tal, y aunque casi me doblaba la edad, hasta llegué a apreciarla. Pues, como le iba diciendo al señor juez y a los señores agentes aquí presentes, el martes, cuando veníamos para Granollers, después de acostarnos en el carro, yo le dije a "la" Dionisia:

—Tú estuviste en el presidio de Cartagena y tu marido en el de Ocaña."

GOLPEO FURIOSAMENTE A LA MUJER EN LA CABEZA

—Eso es una "chafardería—contestó.

↑ El campesino Domingo Anglada encontró la cabeza de la mujer entre los hierbajos de sus campos de labrantío.

Anglada cuenta su tremenda sorpresa a nuestro enviado especial. ➡

—Lo sé de buena tinta, y comprenderás que tú y yo tenemos que separarnos para siempre. —Te digo que no es verdad.

—Mejor es que lo dejemos correr, y cada uno "pa" su lado y si te he visto no me acuerdo.

—¡Calla la boca, Patón!

—Mañana, en Granollers, te daré la parte que te corresponde, y puedes irte a buscar al "Relojero"..."

Dionisia Fernández se incorporó exasperada y

echó mano de una hoz con intención de herir a su amante. Forcejearon largo rato en una lucha a muerte. Juan Antonio cogió una palomilla de las que se utilizan como aisladoras en los cables de electricidad, golpeando furiosamente con ella a la mujer en la cabeza. Cayó del carro Dionisia, y Juan Antonio descargó dos golpes más sobre su víctima, que perdió el conocimiento. Fuera de sí, sacó de una cesta un cuchillo de los de cortar el pan y lo aplicó al cuello de la mujer...

—El cuchillo—siguió diciendo con perfecto cinismo—no entraba en la carne dura y vieja. Me reventaba dando tajos. ¡Bien me hizo sudar! Arrastré el cuerpo de "la" Dionisia por el terraplén, y allí, en una acequia, acabé... La cabeza la oculté entre las hierbas y el cuerpo en una zanja.

Luego había que esconder las ropas de la muerta. Juan Antonio las llevó a un montículo del collado del Parpés, las roció de petróleo y les dió fuego. Después lavó el cuchillo, dirigiéndose a Granollers, donde almorzó con excelente apetito.

Terminada la declaración, el Juzgado condujo a Juan Antonio al lugar del crimen. Sin inmutarse, frente al cadáver, exclamó todavía:

—¡Oh, esto no está como yo lo dejé! Han cambiado de "cama" a "la" Dionisia, porque yo la escondí en una zanja mucho más lejos.

(Fotos Gonsanhi.)

L. M.



UNA MUJER VIENE A MADRID A



← La calle del Duque de Alba y el lugar (señalado) donde cayó, herido de una feroz puñalada, el doctor Santos Hernández, cuyo retrato más reciente damos en este círculo.



(Fotos Manzano.)

"¡ME HAN ASESINADO, MADRE!"

COMO de ordinario, al filo de las nueve y media de la noche, la popularísima calle del Duque de Alba, arteria principal que comunica a las castizas plazas del Progreso y de la Cebada, era un verdadero hervidero humano... De improviso, a pocos pasos del portal de la casa número 10, una anciana que iba cogida del brazo de un caballero dió un grito espantoso, que llamó la atención de los transeúntes. Su acompañante vaciló unos pasos y cayó al suelo, diciendo con voz entrecortada:

—¡Me han asesinado, madre!...

Un transeúnte que salía del estanco, al pie de cuyo escaparate se desarrolló el suceso, acudió en auxilio del caído y, al incorporarlo, pudo observar que el desventurado tenía hundido en la espalda un gran cuchillo, del que apenas se veía la mitad de la empuñadura. Se lo arrancó, y un caño de sangre fué a cubrir su mano.

Las mujeres que pudieron darse cuenta de la feroz agresión comenzaron a dar gritos transmitiendo a los transeúntes un pánico indescriptible con carreras, sustos y algún que otro cierre de portal. Inmediatamente acudieron unos guardias al tumulto y, guiados por un muchacho vendedor de periódicos, salieron en persecución del causante del hecho.

Se trataba de una mujer. Era gruesa, baja de estatura, calzaba alpargatas negras y medias color carne; cubría su robusta figura con una bata gris, sobre la que llevaba un jersey rojo. La mujer trataba de huir, con paso rápido, sin volver la cabeza, hacia la plaza del Progreso, para ganar las escaleras del Metro de la estación que allí existe, invadida a aquella hora por una gran cantidad de gente. En la mano llevaba la desconocida un envoltorio negro, y algo que trataba de ocultar en la manga de la bata.

Al pie de las escaleras de la estación fué alcanzada por uno de los guardias. Al llamarla para que se detuviera, viéndose descubierta, se revolvió furiosa y, enarbolando un largo cuchillo, exactamente igual al que había sido empleado en el crimen, exclamó amenazadora:

—Al que trate de echarme la mano encima, lo ensarto como a ese granuja.

No vacilaron los guardias. Se arrojaron sobre ella y consiguieron desarmarla y meterla en un coche que, a duras penas, pudo comenzar su marcha, pues el público que se había congregado en aquel sitio cercó el vehículo por completo, tratando de apoderarse de la agresora, dispuesto al linchamiento. Los guardias vieron tan comprometida la situación, que tuvieron necesidad de esgrimir las pistolas, y de esta manera se consiguió salir de aquel lugar, entre gritos, insultos y alguna que otra pedrada.

UN MEDICO MORIBUNDO. "NO SE QUIEN ES MI AGRESORA"

En otro automóvil, y mientras los incidentes que dejamos relatados se desarrollaban en la plaza del Progreso, dos guardias condujeron rápidamente a la víctima al Equipo Quirúrgico del distrito del Centro. En el trayecto, el herido perdió el conocimiento. Parecía morirse por instantes. En el suelo del coche dejó un gran charco de sangre. Al llegar al Equipo, ya sobre la cama de operaciones, el caballero estaba exánime. Los médicos, dándose cuenta del peligro que corría, antes de reconocerle, se apresuraron a aplicarle varias inyecciones, que operaron sobre la robusta naturaleza del herido una reacción casi instantánea.

Alejado de momento el peligro de un mortal desenlace, los facultativos rasgaron las ropas, empapadas en sangre, que llevaba el herido, y le examinaron con todo cuidado.

A pesar de ser hombres avezados a esta clase de dolorosos espectáculos, no pudieron reprimir, ni mé-

dicos ni ayudantes, un gesto de angustiosa sorpresa. En la base de la región torácica izquierda tenía la víctima una tremenda brecha, por la que, sin cesar, salía la sangre. El acero había atravesado el pulmón izquierdo y otras vísceras importantes, desgarradas por un golpe seguro y violento, administrado por mano tan forzuda, que en los primeros momentos no



La agresora, Carmen Guijarro, hace a nuestro compañero un relato incongruente, por el que puede suponerse que esta mujer está loca.

← Nuestro redactor señor Quilez con uno de los hijos de la agresora.

vertirla reiteradamente, para que no llevara a su hijo una emoción que su presencia había de provocar en él, y que podía ser fatal para su vida.

Convencida, quedó en una habitación del benéfico establecimiento hasta las tres y pico de la madrugada, en que llegó desde Las Navas, donde estaba pasando una temporada con sus hijos, la esposa de la víctima. Entre ambas señoras se desarrolló una escena que produjo hondísima emoción.

EL RELATO INCONGRUENTE DE UNA LOCA

Cuando llegamos a la Comisaría del distrito de la Inclusa, enclavada al final de la Ribera de Curtidores, oímos unos desgarradores gritos y un sollozar verdaderamente escandaloso.

Procuramos pasar desapercibidos dentro del edificio policíaco donde, a aquella hora, la Justicia trata pacientemente de interrogar a la autora del trágico suceso... La desconocida, con los ojos cargados de lágrimas y los cabellos enmarañados, tiene que ser auxiliada a cada paso por los guardias que la vigilan. Se expresa de una manera incoherente; brotan



las frases de su boca de forma desordenada y sin ilación. Da la impresión de una perturbada.

A duras penas se logra concretar que se llama Carmen Guijarro Dolado, tiene treinta y dos años, está casada y es del pueblo de Barbatona, anejo a la villa de Sigüenza (Guadalajara), donde vive en unión de su esposo, Miguel Chércoles Coballo, y de dos hijos, de tres y dos años de edad, llamados Miguel y José María.

—Pero bueno—le preguntan—; ¿por qué ha herido usted al señor Hernández Sánchez?

La detenida se exalta, se retuerce las manos, patea, llora a gritos... Pero, de pronto, se serena, casi sonríe, y afirma de una manera flemática:

—Lo tenía que matar. El tiene la culpa de mi desventura y de que mis hijos, mis pobres hijos, sean toda la vida unos desgraciados. Lo único que siento es no haber atinado a matarlo en el acto.

LA HISTORIA DE UN PERRO Y UNA CRIADA

La detenida, después de tan tremendas manifestaciones, se levanta y va resuelta hacia el representante de la Justicia. Ante él, se pone en jarras y comienza a relatar una monstruosa historia.

—Yo, señor, he sido moza y no mal parecida, aunque ahora me vea usted envejecida y enferma. Yo era criada en Madrid. Más de cinco años estuve en casa de unos señores, en el número 18 de la avenida del Conde de Peñalver. Era una casa de verdadero regalo, tenía buen sueldo y no me ocupaba más que del cuidado de un perro, muy querido de las señoras de la casa. Yo le lavaba, le cuidaba, le daba de comer, le sacaba a pasear, y llegó a tomarme gran cariño. Ni de día ni de noche se separaba de mi lado. Nadie me quita de la cabeza que aquel bicho fué mi desgracia. Me contaminó una enfermedad. Aunque me dicen que no, yo sé que es la triquinosis. Comencé a sentir dolores en la cabeza, a perder las

DE SIGÜENZA MATAR A UN MEDICO

ganas de comer, me zumbaban los oídos constantemente, me dolía el pecho... Consulté a varios médicos. Uno de ellos me recetó unos medicamentos y me ordenó que guardara una dieta rigurosa, porque sufría una fuerte intoxicación, adquirida por mi contacto continuo con el perro. Llegué a tomarle miedo y, aprovechando el veraneo de mis amos, me marché al pueblo. Al volver, me coloqué en otra casa de la calle del Almirante. No recobré ya la salud. Me dijeron que mis trastornos provenían de una ulceración del apéndice, y en el Hospital de San Carlos me hicieron la operación. Tampoco me volvió la salud. Yo lo que tenía era la enfermedad que me había pegado el perro; no podía ser por menos... Me perseguía por toda la casa; apenas me descuidaba, me hacía víctima de su ferocidad...



En esta cantina de Barbatona, caserío de Sigüenza, vivía la agresora con su marido, dueño del establecimiento.

aguanté tranquila hasta que el causante de mi desventura salió a la calle, y le clavé el cuchillo... Ya no me duele nada... Ahora sí que se curarán mis chicos...

Este es el relato de esta mujer que, obsesionada por una enfermedad que no ha existido nunca, ha perdido el control de su cerebro, ha entrado en los linderos de la locura y ha llevado el dolor y la pena a una familia honrada...

EL ESPANTO EN EL PUEBLO

Barbatona es un diminuto caserío, que se alza al pie de la carretera que va de Alcolea del Pinar a Paredes, a unos diez o doce kilómetros de la villa alcarreña de Sigüenza. No tiene más que escasamente un centenar de habitantes. Nuestra llegada produce una hondísima intranquilidad en el lugarejo, cuyos vecinos, en su mayoría mujeres, se agolpan en derredor nuestro, deseando curiosarse.

Todo el mundo está al tanto de la extraña fuga de Carmen, la de la "Venta del Miguelín", que esta clase de establecimiento posee el marido en los arrabales del pueblo.

El marido no está en el lugar. Marchó andando al amanecer, con objeto de ir a Madrid y buscar a su esposa. En la casa reina un doloroso desconcierto. La madre del marido, Francisca Coballo, y la de la mujer, Matea Dolado, cuidan de los dos chiquillos del matrimonio. Ninguno de los dos tiene vestigio alguno de enfermedad. Nadie les conoció otras dolencias que las corrientes en la infancia. Tampoco saben que Carmen tuviera enfermedad alguna, como no fuera su excesiva irritabilidad, que la llevaba en todo momento a insultar ferocemente, sin motivo alguno, a parientes y convecinos.

Nada se sabe en el humilde hogar de la tragedia de que ha sido autora Carmen, la de la venta.

—Aquí estamos ignorantes de "to"—dice la suegra de Carmen—. Ayer marchó a Sigüenza, a vender leña y trigo. Dijo que volvería a la comida, pero no vino. Llegué, en cambio, yo de mi pueblo, que ella misma, desde la ciudad, me envió la caballería con un muchacho, diciéndome en un papel que viniera aquí a cuidar a los muchachos, porque ella tenía necesidad de ir a Madrid. Mi pobre hijo se alarmó al verme. Se extrañó del viaje de su mujer, sin autorización suya, y al amanecer ha ido en su busca... ¡Mala perra fué a tropezar para mujer!... ¡Ojalá lo hubiera echado a pedazos a este mundo!... Ya me lo tenía yo bien sabido. Nos había de desgraciar a todos... Estaba "tocá" de la cabeza... Insultaba a "to" Dios... Se revolvió como una vibora, sin motivo... Pocos palos que les ha "dao" a estos niños.

Frente a la indignación de la suegra, la angustia de la madre de Carmen, la ventera, produce congojas en nuestras gargantas. Se pega a nosotros, nos coge las manos y trata, entre sollozos y gritos de dolor, de que le contemos lo que ha sucedido.

—No estoy tranquila, señor. Estas "vesitas" son como el pedrisco en los trigos. No traen más que dolores... ¡Mi hija se ha "desgraciao", ha traído la ruina a su casa, y a mí me costará la muerte, que soy muy vieja y no podré resistir tanta pena!...

No nos atrevemos a contar toda la catástrofe que se cierne sobre la hija de esta vieja, que es un sarmiento vivo con faldas negras. Abandonamos rápidamente el pueblo de Barbatona. A la caridad de unos vecinos dejamos el encargo de contar lo que sucede.

JOSÉ QUILEZ VICENTE



Los hijos de Carmen Guijarro son ahora cuidados por su suegra.

La madre de la agresora no sabe aún lo sucedido.

La detenida, enfebrecida por la exaltación, cuenta detalles tan increíbles, que hacemos caso omiso de tal relato por respeto a nuestros lectores. Esta pobre mujer, que se envuelve en su viejo jersey encarnado, temblando de frío en una habitación donde el calor es asfixiante, que mira con cara inexpresiva y ojos espantados a los presentes, produce una honda pena...

"SI NO ME ACIERTA USTED, VOY A COMETER UN DISPARATE"

Carmen Guijarro reanuda, entre gritos y lloros, su espantosa historia:

—Una tarde fui a la consulta de ese médico. Me reconoció, me mandó unas inyecciones, que me pusieron, y una temporada de descanso en mi pueblo. Allí me fui, pero no curé. Volví, y el médico me mandó otras medicinas; pero me advirtió en esta forma:

—Usted lo que debe hacer es casarse cuanto antes. El cambio de vida hará desaparecer todos los trastornos nerviosos que la observe, y regenerará esa anemia crónica que tiene en la sangre.

—Es que, si no me acierta usted en mi enfermedad, voy a cometer un disparate"—le advertí.

El me tranquilizó, y marché a mi pueblo. Allí, por los Santos, al finalizar el noviembre del año 31, me casé con un labriego de Riosalido, Miguel Chércoles, que varias veces, en la función de mi pueblo, me había pedido relaciones.

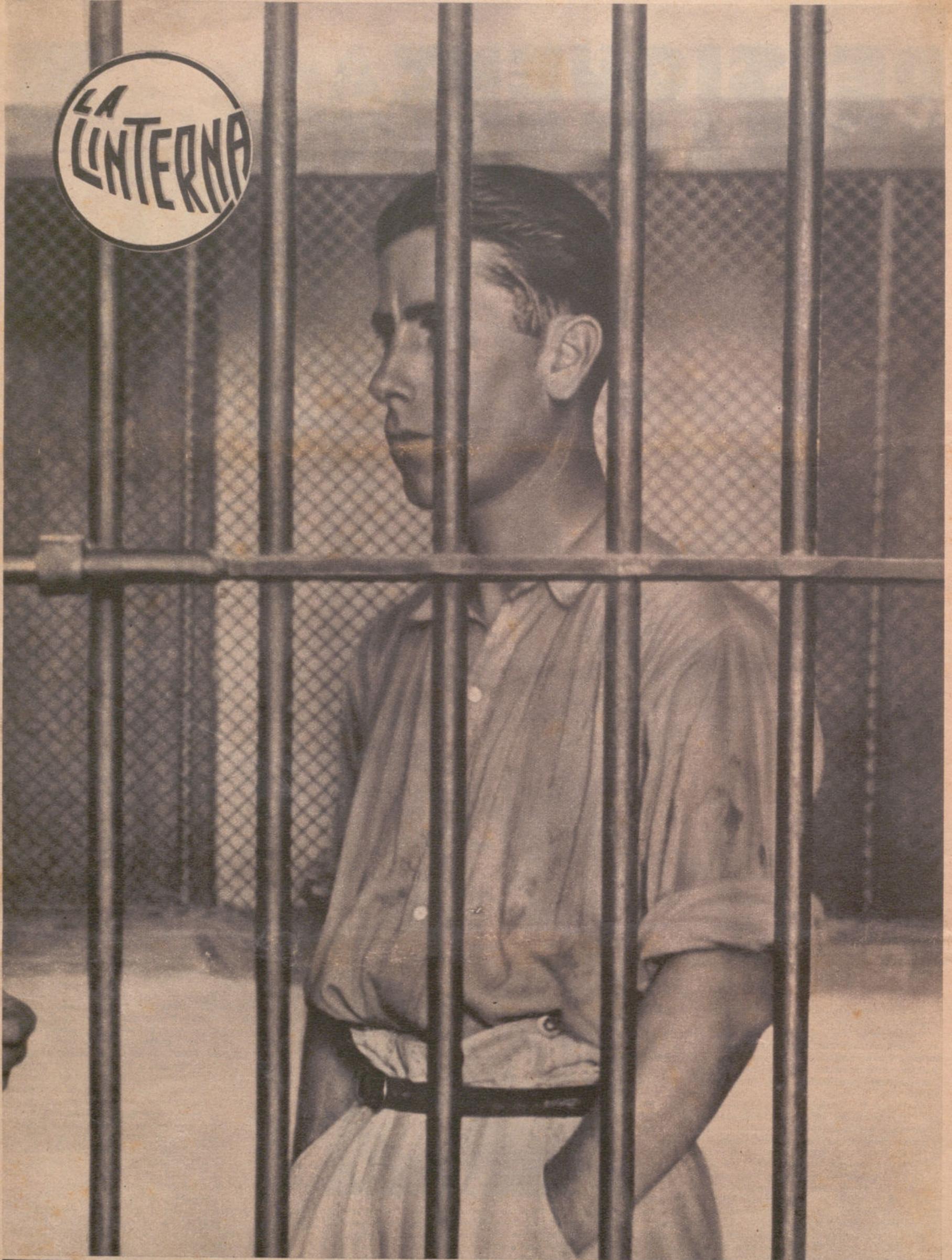
Hemos tenido dos hijos, mi Miguel y mi José María, y los dos, pobrecitos de mi alma, tienen, como yo, la triquinosis. ¡No han echado luz nunca! Hace unos meses que me di cuenta de ello, y juré que había de matar a ese hombre que me había aconsejado el casorio, sin tener en cuenta que los hijos que tuviera habían de llevar para toda su vida la enfermedad de aquel maldito perro.

No tuve ocasión nunca de venir a Madrid desde



mi boda. El miércoles, por la mañana, me zumbaban los oídos, como un castigo. El pecho me punzaba como un alacrán. Decidí acabar con mi enemigo. Dije a mi marido que quería ir a Sigüenza a vender un poco de trigo. Me dijo que fuera; pero que me llevara también para vender una carga de leña que me arregló sobre una caballería. Llegué a Sigüenza; vendí lo que llevaba, dejé la caballería en la posada, fui a un establecimiento y compré el cuchillo que me había de vengar de todos mis dolores. A la una tomé el tren. Llegué a Madrid a media tarde;

LA
LINTERNA



**En Mataró ha sido decapitada una mujer por su amante, con
quien iba vendiendo baratijas por las ferias**

(Véase emocionante información en las páginas 14 y 15.)

(Foto Carreras.)